

el espalda mojada, reporte de un observador participante*

JORGE A. BUSTAMANTE

El "espalda mojada" se convierte en delincuente desde que cruza la frontera con los Estados Unidos sin haber obtenido de las autoridades norteamericanas competentes la autorización para ello. El "mojado" comete un tipo de delincuencia sumamente peculiar; viola una ley extranjera que es legal y socialmente sancionada en los Estados Unidos, pero que no lo es en México. "Irse de mojado" no tiene ninguna consecuencia estigmatizante en México para el que se lo propone o para el que ha regresado. Es simplemente un modo socialmente aceptado en México de obtener un ingreso que se considera legítimo.

El que ha cruzado la frontera ilegalmente se encuentra que en los Estados Unidos la etiqueta de "mojado" tiene un significado especial. Ser *wetback* significa haber sido estampado con la etiqueta de delincuente.¹ Convertirse en "mojado" deviene la entrada al mundo de los fuera-de-la-ley mientras se está en los Estados Unidos. El "mundo del mojado" ha ocupado muy poco la atención de estudiosos de los problemas sociales y, en consecuencia, ha permanecido muy poco comprendido por el público mexicano² (sobre todo el

que vive en la ciudad) y sorprendentemente descuidado por el gobierno de México.

No se pretende que el presente trabajo sea un estudio del problema de la inmigración ilegal de mexicanos a los Estados Unidos,³ pero sí se espera que cubra cuando menos dos objetivos: hacer una llamada de atención sobre lo que ocurre a cientos de miles de mexicanos que han entrado ilegalmente a los Estados Unidos y ofrecer una ilustración del uso de un método de observación participante aplicado al estudio de un tipo de conducta socialmente definida como delictiva en los Estados Unidos.

Antecedentes

Lo fructífero de experiencias previas trabajando en los campos agrícolas, haciéndome pasar por mojado, me llevó a considerar el completar mi observación del problema de la inmigración ilegal de mexicanos a los Estados Unidos siguiendo el proceso desde su principio. Es decir, desde el momento en que una persona en México decide ir a buscar trabajo a los Estados Unidos cruzando la frontera sin documentación migratoria, hasta que consigue hacerlo. La información a este

* Esta investigación fue parte de un estudio (U.S.-México Border Studies) realizado en la Universidad de Notre Dame bajo la dirección del Dr. Julián Samora y cuyos resultados aparecen publicados en *Los Mojados, The Wetback Story*, por Julián Samora asistido por Jorge A. Bustamante y Gilberto Cárdenas, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1971.

¹ Véase Jorge A. Bustamante. "The Wetback as Deviant; An Application of Labeling Theory", *American Journal of Sociology*, vol. 7, núm. 4, enero 1972.

² No es poco frecuente que se confunda el problema de los mojados con el de los braceros. Este último dejó de existir

en 1964 al expirar el último convenio bilateral mexicano-norteamericano que permitía la entrada legal bajo contratación de trabajadores mexicanos a los E.U. Para un excelente análisis del problema de los braceros, véase Ernesto Galarza. *Merchants of Labor, the Mexican Bracero History*, Sta. Bárbara, California, McNally and Loftin, 1964.

³ Para un análisis global del problema de la inmigración ilegal de mexicanos a los E.U. véase Samora. *Op. cit.*

respecto, obtenida desde el principio de nuestra investigación, era abundante y detallada;⁴ sin embargo, la inquietud por estar seguro de que algún aspecto importante del problema me pasara desapercibido, me llevó a elaborar un plan para participar personalmente en dicho proceso. Al resultado de ese intento se refiere este reporte.

Es importante señalar que este plan de participar como mojado, tomaba en cuenta que, de acuerdo con reportes del Servicio de Inmigración norteamericano y nuestros propios datos, decenas de miles de mojados (de los centenares de miles que han cruzado ilegalmente en un año), logran salir de la zona fronteriza norteamericana y seguir su viaje hacia el norte de los Estados Unidos, donde los salarios son considerablemente más altos. Esta zona fronteriza es aquella que se encuentra entre la frontera y los puestos de control que mantiene la patrulla fronteriza del Servicio de Inmigración, aproximadamente a 80 millas al norte de la frontera y en *todas* las carreteras que se dirigen al norte del país. Esta zona fronteriza está intensamente patrullada por la policía del Servicio de Inmigración y es en ella donde se realiza el mayor número de aprehensiones de mojados. Más allá de los puestos de chequeo la vigilancia disminuye considerablemente hasta hacerse prácticamente escasa en muchos estados al norte de los fronterizos. Esto es un hecho ampliamente conocido entre los que han entrado a los Estados Unidos ilegalmente más de una vez, por lo que un número cada vez mayor de mojados ya no se conforma con cruzar y obtener el primer empleo que le ofrecen, sino que trata de cruzar la zona fronteriza en el menor tiempo posible. Ahí es donde los "coyotes" aprovechan la situación para ofrecer al mojado transportarlo "a salvo" hasta más allá de los puestos de chequeo, lo cual puede llegar a ser tan lejos como Chicago, San Francisco o los estados de Michigan, Indiana, Illinois y Ohio, en donde hay grandes concentraciones de chicanos y mexicanos. Los precios por estos "servicios" varían según las distancias; van desde 100 hasta 500 dólares. Esto hace que el que no tiene dinero para pagar a un "coyote", o no quiere arriesgar su dinero, tome la alternativa de

cruzar a pie esa zona fronteriza de 80 a 100 millas, tratando de evadir ciudades, poblados y carreteras donde el riesgo de ser aprehendido es grande, y por supuesto rodeando los puestos de chequeo. Los problemas inherentes a una jornada que lleva de 4 a 7 días de caminatas son fáciles de suponer en términos generales, pero se procuró preverlos con base en reportes de las rutas consideradas como menos penosas. La serie de problemas reportados hicieron suponer la existencia de otros voluntaria o involuntariamente no reportados, por lo que el plan se enfocó hacia la realización de esta jornada con diversas variantes.

El plan. Se trataba de obtener información sobre los problemas previos al cruce del río fronterizo, los problemas y circunstancias del cruce mismo, y luego aquellos propios de la jornada. Se pensó en dos variantes: tratar de cruzar la zona fronteriza de mayor riesgo de aprehensión y de seguir hacia el norte con meta en South Ben, Indiana. El éxito de esta variante ofrecía una forma de obtener información sobre las posibilidades reales de evitar a la policía de inmigración a lo largo de todo el viaje, para el cual sólo debería llevar 25 dólares.⁵ La segunda variante estaba dada por la posibilidad de ser aprehendido. En este caso, se pretendería obtener información de "primera mano" acerca del trato que recibe el mojado por parte de la policía norteamericana de inmigración y de las circunstancias de la detención y deportación. Una vez deportado trataría de seguir a mis compañeros mojados hasta sus lugares de origen en algún punto de México y obtener datos sobre el proceso de decisión y circunstancias alrededor del hecho de salir del lugar de residencia hacia los Estados Unidos en busca de trabajo. Se enfocarían los efectos de esta emigración, sobre la estabilidad de la familia del emigrante, sobre el balance de sexos en la comunidad y sobre la inestabilidad social en sus relaciones, en caso de haberlas, con la emigración de población en edad de ser económicamente activa. Nos adelantaremos a decir que fue la segunda variante la que se exploró debido a que fui aprehendido cuando trataba de rodear, junto con otro mojado, el puesto de chequeo de la policía de inmigración cerca de Falfurrias, Texas.

⁴ Diversos métodos para recoger datos fueron utilizados en la investigación que se reporta en Samora. *Op. cit.*, particularmente cuestionarios y entrevistas en diversas variantes. El autor estuvo a cargo de 493 entrevistas realizadas con mojados detenidos en los tres centros de detención de donde son deportados a México, situados en El Centro, California, El Paso, Texas, y Port Isabel, Texas, durante el verano de 1969.

⁵ Datos de nuestra propia investigación indicaban que 25 dólares era el límite inferior de la categoría modal de la distribución de frecuencias referente a cantidades de dinero que llevan consigo los mojados de nuestra muestra desde su salida de México.

Se escogió el área del valle del bajo río Grande en Texas, debido a que reportes anteriores propios y de otras fuentes señalan esta región como aquella donde la explotación a que es sometido el mojado es mayor. Ésta es la zona donde se pagan los salarios más bajos de toda la frontera, y donde teníamos reportes de casos de violencia por parte de granjeros y policías de inmigración en perjuicio de mojados. Por ser ésta la zona fronteriza más cercana al centro de México, es más accesible al pre-mojado con poco o sin dinero. A esta zona llegan los mojados más pobres y con menos educación formal, según indicó nuestra investigación en los centros de detención. En síntesis, es ésta la zona donde es aparentemente más serio el problema de los mexicanos que pasan ilegalmente a los Estados Unidos.

Realización del plan de observación participante

Llegué a McAllen, Texas, en donde tenía una cita con David G. Hall, abogado de la organización de trabajadores del campo correspondiente al Estado de Texas, que dirige César Chávez. Previamente había discutido mi proyecto con Antonio Orendain, quien está a cargo de los trabajos de la organización de César Chávez (United Farm Workers). Antonio me ofreció la asistencia de sus abogados para la preparación del plan. Con David Hall dejamos establecidos los aspectos del plan que implicaban mayor riesgo en términos de mi calidad migratoria en los Estados Unidos y sobre los cuales había que enfatizar los cuidados y precauciones. Esta asistencia legal se hacía necesaria debido a que cruzar el río como mojado implicaba, desde luego, una violación de las leyes migratorias de los Estados Unidos, lo que me hacía quedar sujeto a que se me expulsara de los Estados Unidos en detrimento de mis planes académicos. Se planteó la conveniencia de no usar un nombre falso, sino *parte* del mío propio, en tal forma que no fuera identificado, es decir, usar el nombre de Agustín Fernández, que es parte de mi nombre completo: Jorge Agustín Bustamante Fernández. Se pensó que esto haría poco probable que se me reconociera, ya que tanto en los Estados Unidos como en México firmo como Jorge A. Bustamante.

Pensé que no era conveniente ni necesario pretender pasar por campesino. Luego mi historia sería, en pocas palabras: que era originario de Zamora, Mich., lugar en donde he vivido y que conozco muy bien físicamente,

así como a buen número de sus residentes (se juzgó conveniente no dar como lugar de origen el mío verdadero que es Chihuahua, Chih., por ser éste un dato que hubiera podido conducir más fácilmente a mi identificación); que era hijo de una sirvienta de una familia de dinero; que había asistido a la escuela hasta terminar secundaria, y que había estado trabajando como mozo de esa familia hasta no haber aguantado más el trato que se me daba; que me había ido a buscar trabajo a México, D. F., en donde aprendí a manejar máquinas de construcción, tales como bulldozers, motoconformadoras, etcétera, y que había quebrado la compañía donde yo trabajaba y no había podido conseguir otro trabajo, y que el estar sin trabajo me había hecho decidirme a buscar en los Estados Unidos, donde había oído que el ser obrero calificado podría ayudarme a conseguir un buen empleo, que no traía más que 25 dólares para el viaje, con los que quería llegar a Dallas, Texas, y que era la primera vez que iría a cruzar de mojado; que era casado y con un hijo y que mi esposa se había quedado en México trabajando de sirvienta.

Esta historia estaba inspirada en datos de nuestra investigación, por los que sabía que no era totalmente extraño el encontrar un mojado con una historia como la "mía". En tal historia también incluí aspectos de mi propia experiencia, como la de tener una idea suficiente del manejo de máquinas de construcción, misma que adquirí cuando fui abogado y gerente de una empresa constructora en México. Lo de mi educación formal hasta la secundaria era para dar cuenta del uso de algunas palabras o símbolos que no pudiera esconder, referentes a una educación diferente de la de un mojado promedio.

Antes de salir rumbo a Reynosa, Tamaulipas, dejé firmada una declaración notarial en donde manifestaba los propósitos de mi investigación y el plan en términos generales, sin mencionar que iría a cruzar el río ilegalmente, y en donde manifestaba mi responsabilidad total por lo que iba a hacer. Dejé asentado que me haría pasar por mojado, pero no se mencionó nada que implicara la violación de una ley. Esta declaración se quedó en manos del abogado David Hall, para usarla en caso de que por alguna razón yo me viera en la necesidad de revelar mi verdadera identidad y actividades ante alguna autoridad norteamericana. La declaración iba acompañada de una carta del Dr. Julián Samora, del Departamento de Sociología de la Universidad de Notre Dame, y director de mi trabajo académico, en la

que certificaba los propósitos y actividades de mi investigación en términos muy generales.⁶

Convine con David Hall que lo llamaría en caso de que me quisieran procesar judicialmente. Sabía de antemano que aquellos mojados que son aprehendidos por primera vez, son deportados a México a través de un procedimiento administrativo al que se llama *Voluntary repatriation* (repatriación voluntaria),⁷ que no deja récord criminal sobre el mojado. Sólo los que tienen más de dos aprehensiones, o son acusados de otras violaciones, además de la ley de migración, son sometidos a juicio y luego deportados con sentencias suspendidas. Yo sabía que debía evitar a toda costa que me sometieran a juicio, pues esto implicaba que me tomarían huellas y fotografía, que conducirían muy probablemente a mi identificación.

Ese mismo día fui a Reynosa para comprar algunos artículos mexicanos que llevaría conmigo para evitar la impresión, en caso de ser aprehendido, de que no era la primera vez que estaba en los Estados Unidos. Compré unas botas, pasta de dientes, navajas de rasurar, peine y una bolsa como las que usan los deportistas para meter mi ropa y las cosas que llevaría.

Al día siguiente me citó a las 7 a. m. en el aeropuerto de McAllen con Frank Drew, quien trabajaba también para United Farm Workers. Ahí regresé el coche que había rentado y nos fuimos en su camioneta hacia Reynosa. Pasamos por las oficinas de U.F.W., donde dejé mi equipaje y todos mis documentos de identificación tales como pasaporte, licencia de manejar, credenciales de la Universidad de Notre Dame y mi cédula profesional de abogado. Dejé también mis anteojos, mi reloj y el dinero que traía, con excepción de 25 dólares. En ese momento ya vestía yo como un trabajador pobre que acabara de llegar ese día a Reynosa con miras a cruzar de mojado. Esa mañana no me rasuré y vestía un pantalón muy usado de mezclilla, una camisa vieja de tela gruesa, zapatos muy viejos (las botas las traía en mi bolsa) y un sombrero de palma. Cabe decir que mi apariencia física me ayudaba a dar la impresión que quería dar, pues soy de un tipo muy común entre los

⁶ Cabe señalar que, aunque el Dr. Samora no estaba convencido de que el riesgo de cruzar el río ilegalmente se compensara con la calidad de la información obtenible, expresó manifiestamente su respaldo para el caso que llegara a presentarse algún problema con las autoridades norteamericanas de inmigración.

⁷ La definición y detalles de este procedimiento aparece en Samora. *Op. cit.*, pp. 189-190.

mojados: moreno, de pelo negro, de 1.65 mt. de estatura y de 31 años. Frank me alentó con su comentario sobre mi apariencia en el sentido de que “parecía un auténtico mojado”.

Me dejó en la plaza principal de Reynosa poco antes de las ocho de la mañana del domingo. Fue una sensación curiosa la que tuve al quedarme solo y, por primera vez en mi vida de adulto, sin una credencial que hablara de quién soy. Me quedé sentado por un rato en una banca. La gente se dirigía a misa de ocho a la iglesia que está en la plaza. En su mayoría era gente de apariencia pobre. Pasaron varios grupos de muchachas y empecé a notar que algunas flirteaban conmigo. Lo inusitado, para mí, de ser objeto de elocuentes expresiones y sonrisas, me hicieron interpretar la situación como una confirmación de que mi apariencia había provocado una identificación de clase, en este caso proletaria. Aparentemente esa identificación les hacía considerar factible establecer una relación que daba por supuesta una reacción positiva de mi parte y de parte de su grupo. Pensé que esta identificación de clase era la que yo buscaba para establecer el reporte necesario para llevar a cabo mis planes de observación. Decidí confirmar mis suposiciones entrando en contacto con gentes que parecían estar planeando cruzar el río. De los datos de nuestra propia investigación sabíamos que los puntos de reunión, ahí en Reynosa, son usualmente la plaza y la orilla mexicana del río, cerca del puente internacional. Ahí es donde se hacen los grupos que luego cruzarán juntos y en donde se ponen de acuerdo en qué sitio cruzarán y a qué hora. Es ahí también, donde aparecen los “coyotes” ofreciendo sus servicios para guiar a los inexpertos hasta un lugar “del otro lado” donde hay trabajo. No tardé mucho en encontrar un grupo de cinco hombres de aspecto campesino. Les pregunté si pensaban “echársela pa’l otro lado” y me dijeron que sí; cuatro eran de Guajuato y uno de Jalisco. Sus ropas eran sumamente pobres. Me dijeron que acababan de llegar esa madrugada y que estaban esperando un “compa” que los iba a pasar. Tres de ellos era la primera vez que iban a pasar y los otros dos ya habían estado “del otro lado” y los habían deportado. Se veían totalmente desorientados. Los que habían sido deportados hablaban de que la “migra” andaba muy activa en esos días y que los habían “pescado” a los cuatro días de haber cruzado, sin haber podido encontrar trabajo. Me preguntaron que de dónde era yo y qué sabía. Yo les dije “mi historia” en pocas palabras y también las cosas que

sabía que no se debían hacer: como pasar en grupos y pasar sin conocer el terreno del otro lado. Les he de haber inspirado seguridad, porque en pocos momentos ya habían propuesto que ellos me seguirían. Yo les repetí que era la primera vez que cruzaría y que no conocía el terreno, pero ellos insistieron en ir conmigo. También me resultó interesante notar que cuando llegué me estaban hablando de tú y luego cambiaron el tratamiento a usted, aunque yo les seguía hablando de tú. Es muy probable que me hayan redefinido después de oírme hablar, no obstante que todo el tiempo traté de expresarme en la forma más sencilla posible, pero sin tratar de imitarlos. No sin trabajos, me deshice de ellos y seguí mi camino. En ese momento debía ser muy consciente de no modificar mis prioridades, aunque me hubiera gustado hacerlo. Yo debía tomar todas las precauciones para no ser aprehendido en el momento de cruzar, pues esto impediría que luego pudiera usar el argumento de que sólo me estaba haciendo pasar por mojado, sin haber entrado realmente como tal, con propósitos académicos de investigación. Cabe señalar que en tanto que yo estuviera en los Estados Unidos, estaría gozando de mi *status* legal migratorio que me autoriza a actividades académicas, entre las que obviamente está la de hacer investigación. El haber aceptado cruzar con ese grupo de inexpertos hubiera aumentado enormemente el riesgo.

No me sorprendió encontrar un gran número de grupos planeando cruzar esa noche. Esto era de esperarse, debido a que al día siguiente comenzaba la semana y es de suponerse que hay más oportunidades de obtener trabajo, ya que generalmente se recluta los lunes para el resto de la semana. Lo que fue interesante notar fue lo abiertamente que se habla de cruzar ilegalmente en los lugares públicos de reunión. Me fue muy fácil intervenir en la conversación de diversos grupos que preparaban el cruce. En tres ocasiones otros se dirigieron a mí preguntándome por dónde iba a pasar, dando por supuesto, probablemente por mi apariencia y la bolsa que cargaba, que me disponía para una jornada, que a orillas del río Bravo aparece como obvio que sería rumbo a los Estados Unidos. En dos ocasiones se me acercaron a ofrecerme “una pasada segura” hasta San Antonio, Texas, por 100 dólares, a pagar 50 al aceptar y el resto al llegar. En los dos casos el “coyote” oferente dijo contar con transporte y conocer muy bien los movimientos de la “migra” en los Estados Unidos. A los dos les pregunté que cómo era que a

ellos no los detendrían, y me dijeron traer “tarjeta verde”.⁸

Mi plan era encontrar un mojado experto que fuera a cruzar esa noche y que aceptara que yo lo siguiera sin cobrarme por ello. Al que yo tenía en mente era a aquel que vive temporal o permanentemente en la frontera mexicana, que cruza con frecuencia a los Estados Unidos, y que carece de papeles para hacerlo legalmente. Aunque yo sabía esto por mis entrevistas en los centros de detención, me acerqué a varios grupos en la plaza y en el río porque quería obtener una impresión más cercana de lo que hay que hacer para cruzar el río cuando no se tienen ni experiencia en el cruce ilegal ni conocidos en la frontera que lo ayuden a hacerlo. Para una persona en estas circunstancias, basta llegar a Reynosa (para el caso cualquiera otra ciudad fronteriza es lo mismo), y caminar por la plaza o por la orilla del río, cercana al puente internacional, para encontrar otros interesados en lo mismo. No tendrá que hacer sino unirse al grupo; que si no es muy numeroso, no opondrá resistencia; luego todos seguirán al que diga o parezca tener más experiencia en los detalles del cruce. Esto lo puede hacer sin gastar un centavo y la misma noche de su llegada a la frontera.

Me interesaba también conocer algo sobre la actitud de la gente de Reynosa hacia el mojado, particularmente gente de niveles sociales más altos a los que pudiera pertenecer un mojado local. Con esta intención entré a una tienda del centro de la ciudad, con el pretexto de comprar papel, sobres y una pluma. Buscando entablar conversación le pregunté a la empleada dónde quedaba el correo, le dije que quería mandar una carta antes de cruzar “pa’l otro lado”. Esto fue suficiente para que tuviéramos un corto diálogo más o menos en estos términos:

—¿Así que va usted para el otro lado?; y ¿de dónde es usted?, preguntó ella.

—De Zamora, Michoacán— contesté.

—¿Ya ha andado usted por aca?, volvió a preguntar.

—No, ésta es la primera vez.

—No me diga que es la primera vez que va para los Estados Unidos.

—Pos sí.

⁸ Forma I-151 expedida por el gobierno de los E.U., que otorga una calidad especial de inmigrante y que faculta al titular para trabajar en los E.U., y vivir en México.

—Ah qué usted. . . A poco va de mojado —me dijo, a la vez que me miraba de pies a cabeza.

—Pos sí.

—Qué barbaridad. . . cuándo aprenderán ustedes— dijo moviendo la cabeza como quien está frente a lo incorregible.

—¿Por qué?, —le pregunté.

—Pues porque nomás nos van a poner en mal a los mexicanos en los Estados Unidos con su pasadera ilegal. Luego por eso creen los gringos que todos los mexicanos somos delincuentes. Mejor debía regresarse a Zamora a buscar allá trabajo.

Yo le contesté simplemente: “Ojalá que ninguno de su familia tenga nunca que ser mojado, señorita.”

—¡Ni lo mande Dios!

—Con su permiso.

—Pase— me contestó, con una mirada que parecía un reclamo por algo impropio que yo hubiera dicho.

Hablé con tres personas de aparente clase media, que parecieron incomodarse cuando en algún punto de mi conversación mencioné que iba a pasar de mojado. Reaccioné en los tres casos preguntándoles con inocencia si pensaban que ser mojado era malo. La dueña de un restaurante dijo que si no fuera malo, no les echarían a la policía en los Estados Unidos, pero que no obstante, ella no lo consideraba malo, sino sólo indecente. Un oficial de la policía me dijo que era malo para México, porque los “mojados” daban en los Estados Unidos una idea equivocada de cómo son los mexicanos; dijo también que bastantes problemas tenían ya para que “de pilón” tuvieran que ocuparse de los que se quieren pasar ilegalmente. Agregó que esto es malo, pero que es un problema que deben resolver los americanos, por tener ellos mayores posibilidades. Un sacerdote me dijo que era malo violar una ley, de donde quiera que fuera, y que ser mojado era malo porque se violaban leyes de los Estados Unidos; pero que, sin embargo, él no lo consideraba realmente un pecado, sino sólo desaconsejable. Trató de disuadirme de la idea de cruzar diciéndome qué allá sólo iba a recibir malos tratos. Yo le dije que en México también los había recibido, y él me dijo que cuando menos en México estaba con mi propia gente y con mi mismo idioma, a lo que yo contesté que siendo igual el mal trato, prefería aquél donde pagaran mejor. Él dijo: “No debieras ser tan materialista, hijo, el dinero no es todo en la vida.”

Si algo fuera válido extraer de estas reacciones aisladas, sería que aun en la frontera parece haber cierta

indiferencia hacia el problema de los mojados; parece no haber una idea clara de cuáles son los factores que determinan la existencia del problema de la inmigración ilegal. A falta de conciencia del problema, aparentemente se hace responsable al mojado de sus propios males.

Había estado cerca de tres horas caminando por la orilla del río, deteniéndome a hablar con diferentes personas, hasta que éstas aparecieron con menos frecuencia. Eran como las tres de la tarde y hacía bastante calor. Llegué a un lugar en donde había unas cuantas casitas, muy cerca de una estación de bombeo de gas. El lugar es conocido como Ejido Longoria, y está aproximadamente a tres kilómetros de Reynosa en dirección oeste, siguiendo el río. Me encontré con una pequeña tienda donde estaban tomando cerveza cinco personas. Pronto entablé conversación con ellos y averigüé que todos eran residentes de la frontera, y todos habían sido mojados. Ninguno había nacido en la frontera o en alguna de las regiones fronterizas, pero hacía muchos años que se habían ido a vivir a la región. Dos eran hombres de más de 45 años de edad, que hablaban con entusiasmo de la época de los braceros en el tiempo de la Segunda Guerra Mundial. Cuando “no le hacía que lo patearan a uno los gringos, porque se ganaba buena lana”, dijo uno de ellos; “después —agregó otro— ya valió madre la pasada, porque empezaron a pagar cada vez menos”. Los otros tres eran de 35 a 40 años de edad, y uno dijo “adonde vale la pena jalar es a Chicago, a trabajar en las fábricas, pero quién aguanta esos fríos hijos de la chingada”. Otro dijo: “Yo ya no voy porque me la tienen sentenciada los de la ‘migra’ de que si me agarran me mandan a la Tuna (cárcel federal que se encuentra cerca de El Paso, Texas, a donde mandan a los reincidentes con más de tres deportaciones), y ya no me costea arriesgarme”.

Después de contarles mi historia, me aconsejaron que no me detuviera hasta haber pasado Falfurrias o Raymondville, donde están los puntos de “chequeo”, sobre la carretera 281 y 77 respectivamente; que no me metiera a ningún pueblo, sino hasta después de pasar esos lugares, y que aun después no anduviera de sombrero, ni cargando cosas al entrar a un pueblo; que llevara suficiente agua y comida para 4 días de camino a pié.

El dueño de la tienda me dijo que un pariente suyo se iba a pasar esa noche y que le preguntaría si aceptaba que yo lo acompañara; agregó que con él iría seguro de no perderme, pues conocía bien el camino

hasta Falfurrias, porque ya lo había recorrido en varias ocasiones. Lo mandó llamar y le habló aparte, luego me presentó con él.

Era un muchacho como de 25 años que pensaba ir hasta San Antonio a trabajar con un conocido. Ya había sido deportado varias veces, pero tenía necesidad de regresar porque su padre estaba muy enfermo y requería hospitalización. Hacía algunos años que estaba semiparalítico y sin un brazo, por un accidente que tuvo en el que lo machucó un tractor, cuando andaba de bracero. Era el único sostén de su padre, pues su otro hermano estaba en la cárcel y sus dos hermanas estaban casadas y vivían en Laredo. La madre había muerto hacía varios años; de tisis, según el tío.

Me fui a la casa de Juan⁹ a esperar que se hiciera más tarde, para poder pasar. Eran como las 5 p. m. Estábamos esperando, cuando llegó otro muchacho buscando a Juan. Se llamaba José. Éste había oído que Juan se iba a pasar esa noche, y venía para que se fueran juntos. Era un muchacho también como de 25 años, y no pareció muy entusiasmado de que yo fuera también. Él, como Juan, era un “veterano” de la pasada, y también lo habían deportado ya varias veces. Trató de disuadir a Juan de que yo fuera con ellos, pero Juan decidió sostenerse en lo ofrecido.

A las 7.30 p. m. nos despedimos del padre de Juan, quien le dio la bendición y me llamó, diciéndome: “Ven acá, muchacho, a tu padre le hubiera gustado echarte la bendición, pero como no está, te la voy a echar yo”. Me hiqué, como había visto hacerlo a Juan, para que su padre me hiciera la señal de la cruz y musitara algo que debió ser una oración, pero que no entendí.

Salimos hacia el punto del río en que deberíamos pasar. El sol se estaba poniendo sobre la otra orilla. A medida que bajaba, aumentaba mi emoción por sentir que estaba cerca el momento de cruzar el río. Caminamos como tres kilómetros hasta un punto en que se ven los restos de un coche volteado sobre la orilla inclinada del lado norteamericano. El punto escogido era una parte en donde el río va en línea recta. La razón para escoger este punto era, que no se debe cruzar el río en donde éste hace recodos, ya que en esos sitios es más hondo y la corriente hace remolinos. Había que cruzar, pues, en donde el río va derecho. En el sitio escogido para el cruce, el río tiene como 60 metros

de ancho y tiene dos partes hondas cercanas a cada orilla. Juan y José estaban sorprendidos de ver lo alto que venía el río, para la época del año (principios de agosto). Comentaron que venía como “dos cuartas” más arriba de lo normal. El plan era esperar hasta que se metiera el sol, y cruzar cuando aún hubiera luz suficiente para ver en dónde pisábamos y evitar hacer más ruido del necesario.

Nos desnudamos y metimos la ropa en unas bolsas de plástico para que no se mojara y que habíamos traído para este propósito. Ellos fueron por delante y yo veía cómo se iban hundiendo hasta quedar con el agua a la altura de los hombros. Esto me indicó que tal vez yo tendría problemas con la corriente, ya que los dos eran más altos que yo.

Meterme al agua fue una sensación profundamente emocionante, lo sentí como un rito de iniciación, con toda la solemnidad y respeto de una ceremonia. Me fui hundiendo al caminar por el lecho del río que es suave. Mis pies se hundían al pisar, lo suficiente como para servirme de apoyo contra la corriente; gracias a esto conservé el equilibrio los primeros pasos. Luego que el agua me llegaba al cuello empecé a perder la posición vertical por el impulso de la corriente. Perdí el equilibrio y tuve que nadar. Traía mi ropa en una mano, por lo que no podía nadar con la fuerza suficiente para conservar la ruta que seguían Juan y José; por el contrario, cada vez me alejaba más de ellos. Juan se dio cuenta y me dijo que le aventara la bolsa que llevaba en una mano y que me impedía nadar; el impulso que tomé para aventarle la bolsa me hizo sumergirme del todo, pero ya sin ese estorbo pude avanzar con mayor rapidez. Debo decir que mi habilidad para sostenerme a flote se concreta a muy escasas facultades como nadador; siempre tuve dificultades para nadar más de 50 metros sin interrupción.

Hice varios intentos para tocar fondo y continuar el cruce caminando, pero apenas lograba tocar el fondo con las puntas de los pies y la corriente no me dejaba mantenerme vertical; esto hacía que estuviera haciendo constantes esfuerzos que ya me habían cansado cuando iba a la mitad del río. Lo más extraño era que yo veía a Juan y José caminando con el agua un poco arriba de la cintura y yo, que cruzaba como a 10 metros de ellos río arriba, no lograba sostenerme en pie. Decidí ya no tratar de caminar y concentrarme en cruzar el río lo más rápido posible, pues me daba cuenta que el cansancio que sentía, hasta el punto donde había avanzado, podría en adelante causarme serios proble-

⁹ Con objeto de conservar el anonimato de mis acompañantes se les ha dado un nombre ficticio en el presente trabajo.

mas. Los últimos metros fueron muy angustiosos porque aparentemente la corriente era más fuerte en la orilla norteamericana. Oí que Juan me preguntaba desde la orilla si podría llegar y yo preferí probar en lugar de contestarle; por fin llegué, extenuado, a lo orilla de los Estados Unidos. En el punto a donde llegué, el borde estaba sumamente inclinado; a tal grado, que no pude subirme y tuve que ir por el agua jalándome de las hiervas de la orilla para vencer la corriente hasta el punto donde se hallaban Juan y José. Lo que para ellos había sido algo aparentemente muy sencillo de hacer, tanto como vadear un río caminando, en mí había requerido un esfuerzo que llegué a pensar no sería suficiente. Me sentía avergonzado por lo ridículo que me veía casi sin aliento frente a ellos. No me dijeron nada en ese momento acerca del ruido que había hecho al cruzar, pero cuando por fin me pude poner en pie en la orilla, sus miradas no eran de júbilo precisamente. Después me explicaron que la razón por la que habían escogido ese sitio para cruzar era que por ahí no tendrían que nadar sino un tramo muy corto al llegar a la otra orilla; se trataba de evitar el tener que nadar porque a esas horas una persona caminando desnuda por el río, no se distingue fácilmente a lo lejos, pero la espuma que se puede hacer al nadar sí se distingue muy bien y puede conducir a la patrulla fronteriza a la localización de los cruzantes y a poderlos recibir a su llegada a los Estados Unidos. El recuerdo de los potentes binoculares que le había visto en otras ocasiones a los agentes de la policía fronteriza hacía que las razones de Juan y José tuvieran mayor sentido para mí. Yo había hecho al cruzar todo aquello que ellos trataban de evitar. Juan me dijo más tarde: "Cuando vi que venías nadando por donde el agua llega a la cintura, con ese chapoteadero que te traías, me pareció como si les estuvieras haciendo señas a los de la migra pa' que nos vieran."

Cuando llegué a la orilla y logré subir al bordo donde estaban ellos, luego se hincaron a rezar una oración y se santiguaron. Su sentido religioso no dejaba de ser conmovedor para mí, que apreciaba que ellos estaban en una empresa que les era de importancia vital. Para ellos, ser mojados era resultado de una necesidad tan grande como puede ser la sobrevivencia dentro de una extrema pobreza. El cuadro que ofrecían hincados, aún desnudos y chorreando agua, entre los matorrales de la orilla y concentrados en un acto de fe, tuvo para mí una especial fuerza emotiva. Pronto se desvaneció la espiritualidad de ese momento cuando,

reaccionando a los movimientos y ruidos que hice para empezar a vestirme, me hicieron la seña que me estuviera quieto y permaneciera agachado. Luego me dijeron que había que estar atentos por un rato, esperando oír algún ruido que indicara si nos habían visto y nos estaban buscando; si así fuera, entonces estar listos para regresar rápidamente hacia el lado mexicano. Estuvimos quietos, atentos al menor ruido, por espacio de diez minutos. Había ya caído la noche, pero la Luna brillaba en todo el esplendor que le permitía su cuarto menguante, lo que hacía que Juan maldijera su suerte, ya que por la dirección del viento y la posición de las nubes, ellos habían calculado que cuando llegáramos al lado norteamericano la Luna estaría cubierta por las nubes, y no había sido así.

Con mucha cautela, Juan subió hasta la cima del borde para asomarse al camino que usa la patrulla fronteriza y que va a lo largo del río. Regresó diciendo que no se veían señales de nadie y empezamos a vestirnos. Yo daba principio a unas sentidas frases de disculpa, pero me indicaron que me callara y me vistiera lo más rápido posible. Ahora se trataba de alejarse lo más aprisa de donde estábamos para cruzar por los campos agrícolas que están junto al río. Por nuestra cercanía al camino, estábamos expuestos a que la patrulla pasara en cualquier momento y nos descubriera. Me hicieron cambiarme la camisa de color claro que me había puesto por otra más oscura que me hiciera menos visible. Luego los imité en ponerse lodo en la cara, que aunque ninguno teníamos la tez blanca, nos hacía menos distinguible a lo lejos. Teníamos un aspecto grotesco, a juzgar por como ellos quedaron después del "maquillaje". Inmediatamente después cruzamos el camino agachados y corriendo. No era muy ancho, tendría como cuatro metros, pero estaba cubierto de grava o algún otro material de color claro que hacía contrastar la presencia de un hombre sobre el camino, haciéndolo visible a la distancia.

En la orilla opuesta del camino daban principio los campos recién sembrados de chile, según dijo Juan. Empezamos a cruzarlos gateando con prisa, yo con mucho menos que ellos, porque pronto no soporté caminar sobre las manos y me detuve para romper en dos una camiseta y envolvermela, con lo pude continuar. El primer campo después del río tenía como 200 metros de ancho. Llegué adolorido al otro extremo por la posición en que había hecho la travesía. La dificultad natural de avanzar en esa posición, se veía agravada por tener que hacerlo sobre surcos recién abiertos. Por

supuesto, ellos llegaron antes que yo a la otra orilla y nuevamente les noté cierta incomodidad por tener que esperarme. A este lugar donde cruzamos, le dicen El Granjeno.

Fue notable, para mí, la diferencia del uso de la tierra de un lado y otro del río. Del lado mexicano las tierras están sin sembrar. Su dueño, de apellido Tijerina, según Juan, las tiene como terreno ganadero. Esto aparece como un desperdicio, cuando del lado americano se ve un uso intenso de la tierra en explotación agrícola. Esto hace suponer que el río permite dicha explotación en forma continua y con riego seguro.

Me indicaron, al alcanzarlos, que tendría que avanzar a su misma velocidad. Juan trató de alentarme diciéndome que enseguida del campo que nos disponíamos a cruzar, ya no tendríamos que hacerlo a gatas, sino sólo agachándonos. Se ajustaron las bolsas donde traían sus cosas; las llevaban amarradas al estómago, de tal forma que no les estorbaba para avanzar a gatas; su constitución física les ayudaba para esta solución, pues ambos eran bastante delgados y de brazos largos, lo que les permitía gatear casi felinamente; en cambio yo tenía que luchar con mi obesidad que acusaba una vida de escritorio y con unos brazos más cortos que los de ellos. Verlos actuar con tanto "profesionalismo" me hizo notar un cambio: mientras veníamos caminando hacia el punto del cruce empezaron a hacerme preguntas acerca de mí. Después de contarles la historia que tenía preparada para el efecto, seguí hablando acerca de la pobreza; ellos provocaron esto con un comentario lleno de fatalismo en el sentido de que, habiendo nacido pobres, "nuestro destino era sufrir porque así es la vida de los pobres". Yo reaccioné tratando de explicarles con la mayor sencillez que me fue posible, que no sólo no pensaba como ellos, sino que creía que estaban en un error. Empecé por decirles que la pobreza no es algo natural, sino creada por el hombre, para luego hacerles una breve explicación de por qué los pobres siguen siendo pobres, según mis convicciones. Se mostraron muy interesados en el tema, a juzgar por las numerosas preguntas que me hicieron. Sin advertirlo, me había colocado de pronto en una situación en la que se estaba haciendo manifiesta una diferencia de niveles que amenazaba con convertirse en distancia social entre ellos y yo. Tuve que cambiar de énfasis en el tema a base de bromas.

En aquel momento era yo el que parecía saber de las cosas importantes; pero ahora, en circunstancias en que la perspectiva de satisfacer necesidades vitales,

como comer, vestir y tener dónde dormir, dependía de la habilidad de cada uno para no cometer errores que nos llevaran a ser aprehendidos; es decir, frente a la solución inmediata de una situación existencial parecía evidente que los niveles en que ellos y yo interactuábamos se habían cambiado; ellos parecían unos expertos oficiales y yo un recluta bisoño. Esto me hizo preguntarme hasta qué grado es necesario poder proveer de una solución inmediata a los problemas vitales de las clases desposeídas, antes de pretender que adquieran conciencia del juego de factores que los mantienen en el estado de pobreza en que se encuentran.

Al terminar de cruzar a gatas un segundo campo, también como de 200 metros, me dolían los brazos, las piernas, la espalda y el cuello. Insistieron Juan y José en que no podíamos descansar porque estábamos aún muy cerca del río, así que seguimos caminando, esta vez a través de unos campos de algodón cuyas matas nos daban a la cintura. Avanzamos agachados casi corriendo por lo que cruzamos tres campos en poco tiempo. Llegamos luego a donde el pasto y el matorral casi nos cubrían, para luego continuar por campos sembrados de chile. Llegamos a un sitio relativamente arbolado donde me dijeron que los esperara mientras ellos se regresaban a borrar las huellas que habíamos dejado. Yo estaba rendido y me quedé tendido en un surco; en adelante iríamos a seguir por el borde de concreto de un canal de riego sobre el cual se suponía que no dejaríamos huellas. Habíamos avanzados sin parar tres kilómetros, según los cálculos de Juan.

Como a los 15 minutos, cuando empezaba yo a respirar con normalidad, regresaron de borrar las huellas. Dijeron que esperaríamos en ese sitio por unas dos horas hasta que se metiera la Luna, pues más adelante había que cruzar varios caminos y una carretera y era conveniente esperarse a que hubiera menos luz. Ellos se internaron en la arboleda y yo les dije que en un rato los alcanzaría. Yo no quería moverme de la posición en que estaba; me había puesto la bolsa de almohada y yacía en la parte honda de un surco con las piernas descansando sobre las crestas de los surcos a mis costados. Tuve entonces tiempo para reflexionar y hacer recuento de todas las experiencias de ese día; traté de reproducir mentalmente los detalles de mis pláticas con las gentes con las que había hablado, así como aquellos pormenores circunstanciales que me interesaba reforzar en mi memoria para el momento de poder escribir mis notas. Fue hasta ese momento de descanso en que pude darme cuenta que hacía una noche hermosa, el cielo

estaba ya totalmente despejado y tan estrellado como sólo se puede ver en el campo después de que la Luna se ha puesto. El aroma de la tierra húmeda era también otro regalo que mi vida citadina me impide recibir con frecuencia, pero al que aprendí a apreciar en los campos de Chihuahua y Michoacán, donde transcurrió mi infancia. No hacía ni frío ni calor y a juzgar por la ausencia de otros ruidos, sólo los grillos estaban despiertos.

Oí que me llamaban; era para decirme que había llegado la hora de seguir. Antes de pararme me sentía capaz de volver a caminar por largo rato; pero apenas me puse de pie, sentí el ardor que dejan las ampollas de los pies al reventar en varios sitios. Los zapatos que traía eran muy viejos y las suelas habían cedido gran parte de su capacidad protectora, lo que hacía más dolorosa la caminata cuando seguimos por los surcos después de dejar el borde del canal. Yo traía unas botas, pero eran nuevas y por lo tanto poco recomendables para una larga caminata; no había manera de hacer nada para aminorar el dolor, así que decidí seguir hasta donde pudiera.

Cruzamos con mucha cautela un camino de terracería y nos acercábamos a otro, cuando vimos que se aproximaba una luz; vi que Juan y José corrieron a esconderse en el matorral y yo hice otro tanto. Era la luz de un Volkswagen; lo vi porque alcé la cabeza cuando pasaba cerca de nosotros; ellos no se movieron hasta que les dije que no era la patrulla. Juan me llamó la atención y me dijo que cuando pasa un coche por ahí a esa hora, lo más probable es que sea la patrulla, y que había hecho mal en levantar la cabeza, pues los policías van viendo para los lados y no sólo de frente; agregó que la próxima vez no levantara la cara del suelo hasta que ya no se oyera el ruido del vehículo que pasara.

Seguimos caminando, acercándonos a MacAllen, pero sin la intención de entrar a la ciudad: daríamos un rodeo y luego seguiríamos rumbo a Edinburg. Llegamos a la carretera 83 entre Misión y MacAllen y la cruzamos a toda carrera hasta llegar a un naranjal; luego seguimos por entre los naranjos y llegamos sin proponérselo hasta cerca de una casa; dos perros empezaron a ladrar y nos alejamos rápidamente. Juan dijo que había sido muy malo que hubieran ladrado los perros porque habían sido “ladridos de gente”; le pregunté qué quería decir con eso y me contestó: “A poco no sabes que los perros ladran de un modo a la gente y de otro a los animales; si los dueños oyeron, ahora sabrán que alguien andaba cerca de su casa y

llamarán por teléfono a la policía y la policía de aquí (MacAllen, Texas) es peor que los de la migra”. Eran razones suficientes para que saliéramos del naranjal casi corriendo. Íbamos a la orilla de un camino de terracería cuando oímos venir un vehículo y corrimos a escondernos; esta vez yo lo hice como me lo habían indicado, pero produje un ruido enorme al romper involuntariamente una botella con agua que traía en la bolsa. Por fortuna no era la patrulla, pero nuevamente sentí que Juan y José me miraban en tal forma que daban la impresión de que mi compañía no los estaba haciendo muy felices. Dos veces más corrimos a escondernos al ver acercarse un vehículo; en estas ocasiones ya lo hice con tan poco ruido y tan rápidamente como ellos. Seguíamos caminando cuando Juan le pidió a José que le detuviera sus cosas mientras se sacaba una piedra de un zapato; inmediatamente después de que lo hizo y antes de que José le regresara sus cosas, vimos de pronto dar vuelta en un cruce de caminos a un vehículo que al voltear nos alumbró con los faros. Los tres corrimos nuevamente a escondernos, pero José perdió unos segundos en recoger las cosas de él y de Juan. Éste y yo nos “clavamos” entre el matorral en su parte más espesa; sentí que Juan había quedado un poco atrás de mí. Oímos que el vehículo se detuvo y que se abrieron las portezuelas, luego una vez que nos gritó: “Salgan inmediatamente, . . . ya los vimos”. Nadie se movió y yo decidí no moverme hasta que alguien lo hiciera antes. Pasó un minuto quizá y oí otra vez: “No se hagan pendejos, ya los vimos y más vale que salgan, porque si no voy a entrar por ustedes.” Nuevamente no se oyó ningún ruido por espacio de unos treinta segundos, luego oí la voz de uno de los patrulleros que dijo: “¿entramos?” Y el otro contestó: “no, espérate”, y volvió a gritar: “no me hagan enojar, cabrones. . . si no salen los voy a sacar a balazos”. Una vez más pasaron como treinta segundos, después de los cuales se oyeron tres balazos; luego, pasos lentos que sonaron en la grava del camino y el ruido de hierbas al moverse y la voz de uno de los patrulleros que dijo: “aquí está uno. . .” Y agregó con tono amenazante: “ora, tú, levántate. . . ¿Qué no oíste lo que dije? . . . ¿dónde están los otros?” José, que seguramente se quedó muy al principio del matorral por recoger sus cosas y las de Juan contestó: “¿cuáles otros. . .?, yo ando solo”. Un ruido como de golpe se oyó antes de que un patrullero dijera: “¿cómo que andas solo, cabrón. . . qué crees que nos vas a hacer pendejos? . . . si vimos también a los otros”. Dirigiéndose a nosotros volvió a gritar: “ora, cabrones. . . ¿qué espe-

ran. . . que los saque a balazos?”. A los pocos segundos se oyeron otros tres balazos, luego oí cómo abrían una portezuela, seguramente para meter a José porque luego dijeron: “ahí estate”; y enseguida, que se hablaban en voz baja y en inglés, pero no alcancé a oír lo que dijeron. Enseguida uno de los gritos otra vez: “en esta parte hay harta víbora, si no salen les irá peor con los víboras que con nosotros”. Pasaron unos segundos y oí que uno dijo simplemente: “vámonos”. Se oyó cómo se abrieron y cerraron dos portezuelas y cómo se arrancó la patrulla. Yo me quedé inmóvil esperando a que Juan hiciera algo; a los tres minutos aún no oía nada. Por un instante pensé que quizá le había tocado un balazo a Juan, aunque tenía la impresión de que habían disparado al aire; por otra parte, nada me había atemorizado tanto como lo que dijeron los patrulleros sobre las víboras, pues pensé que si ellos no se habían metido al matorral había sido quizá por miedo a las víboras, ya que no veía otra razón para explicarme por qué no habían entrado a buscarnos, si ya sabían que ahí estábamos. Como a los seis o siete minutos oí ruido de hierbas que se movían y pasos que iban hacia el camino; levanté la cabeza para oír mejor y me asomé hacia donde suponía que estaba Juan; lo vi que iba agachado rumbo al camino, luego se fue por una orilla hasta el cruce por donde había salido la patrulla; regresó hasta donde yo estaba y empezó a reírse. Yo también me reí, pero Juan siguió riéndose cada vez más fuerte y sin parar; le dije que se calmara y que no se riera tan fuerte porque todavía podrían andar por ahí. Lo tuve que sacudir para que dejara de reírse. Era evidente que había sufrido un ataque nervioso. Una vez tranquilizado me dijo que había sido un milagro de la Virgen del Perpetuo Socorro el que no nos hubieran aprehendido; según él, “los de la migra nunca hacen eso de agarrar a unos y dejar a otros cuando ya los tienen localizados a todos”. Insistió en que había sido un milagro que se conformaran con aprehender sólo a uno. Juan estaba lleno de optimismo porque estaba convencido de que lo que había pasado era una señal de que “la íbamos a hacer”. Nos acordamos entonces de José. Juan dijo moviendo la cabeza: “pobre cabrón. . . lo más seguro es que lo raanden a la Tuna. . . ya se la tenían sentenciada a él también. . . ; ni modo, a eso le arriesgamos todos”. Cambió de tema para decir: “yo creí que tú te ibas a cuarteear con los balazos y a mí ya me andaba por decirte que no te movieras, porque yo sabía que los estaban tirando al aire, nomás para asustarnos”. Yo le pregunté

qué hubiera hecho si yo me hubiera levantado y me contestó lacónicamente: “nada. . . seguir yo solo”.

Juan insistió en que debíamos alejarnos rápido de ahí, pues ahora ya sabía la patrulla fronteriza por dónde andábamos y nos vendrían a buscar más tarde, calculando lo que pudiéramos haber caminado. El plan consistía en ir más allá de donde ellos pudieran calcular y acercarnos luego a la carretera para pedir aventón. Esto era arriesgado, pero dadas las circunstancias no quedaba otro remedio que acelerar el paso rumbo al norte.

El siguiente mal rato nos lo dio la sed. Yo había roto mi botella de agua y a José se lo habían llevado junto con las cosas de Juan, incluyendo la provisión de agua. En una hora de andar la sed se convirtió en un problema serio; tuvimos que modificar la ruta que llevábamos para ir a un lugar donde Juan recordaba que había un pozo. En medio de lo tormentoso de una sed como nunca había sentido en mi vida, estaba sorprendido por el conocimiento que Juan tenía del terreno; la noche estaba bien oscura, pero él caminaba con gran seguridad confirmando frecuentemente la ruta con puntos de referencia que había anunciado de antemano. Nos tardamos en llegar como media hora, cuando ya mi situación física estaba llegando a un punto crítico; me dolía la cabeza intensamente, pero más me molestaban los pies, que me ardían como si los trajera quemados; las rodillas me dolían al doblarlas para dar el paso, sobre todo cuando por lo accidentado del terreno tenía que doblar el pie hacia dentro. Juan bajó primero al pozo para averiguar si tenía agua; oí cuando la tocó y luego cómo daba profundos sorbos. Cuando me tocó mi turno me di cuenta que había dos agarraderas de las cuales había que colgarse, dejando una mano libre para tomar el agua y llevarla a la boca. El agua olía a estancada y sentí al tomarla que venía acompañada de pedacitos de algo que no era tierra. La oscuridad me impedía ver siquiera dónde estaba el agua, pero la sed no me permitía detenerme a averiguar qué clase de agua estaba bebiendo. Me mojé la cabeza y el cuello y salí del pozo, no sin antes haber estado a punto de irme hasta abajo por haberme resbalado en mi camino de salida. Me preguntó Juan si había tomado suficiente agua, pues no podríamos volver a beber sino hasta el día siguiente y no teníamos en qué llevarla. Yo había bebido lo suficiente como para no querer arriesgarme nuevamente bajando al pozo.

Continuamos nuestro viaje y yo le pedía a Juan que procurara caminos más parejos porque cada vez se me hacía más difícil caminar sobre surcos; me alentó di-

ciéndome que la carretera estaba ya cerca y que seguiríamos por ella aunque fuera más peligroso. Llegamos a un sitio en la carretera que va de MacAllen a Edinburg donde había un cruce de caminos marcado con un semáforo que a esa hora sólo prendía intermitentemente la luz amarilla; como a quince metros del cruce había un lugar donde el pasto tenía poco más de un metro de altura; Juan dijo que ese era un buen lugar para dormir mientras se hacía de día y había suficiente tráfico. Yo no había dejado de pensar en aquella amenaza del patrullero y creía ver víboras que luego resultaban ser ramas o piedras; con esta misma preocupación le pregunté nuevamente a Juan si no habría peligro en ese lugar de que nos picara una; él me contestó: “no te apures, por aquí no hay muchas; más adelante sí, por eso ya no caminaremos de noche, pues podríamos pisar una”. Eso de que no hubiera *muchas* víboras por ahí, no me resultaba tranquilizador; me bastaba con saber que había una sola por los alrededores para tener miedo de acostarme en el suelo y entre el pasto. Al minuto de habernos acostado Juan ya estaba roncando y yo no me podía dormir, a pesar del cansancio, pensando en las víboras. Finalmente me venció el sueño y no desperté sino hasta que Juan me llamó, cuando el sol ya tenía rato de haber salido; serían probablemente las ocho.

De lo primero que fui consciente al despertarme fue que tenía un dolor bastante fuerte en los pies; se veían éstos en un estado lamentable que hizo exclamar a Juan: “mira nomás cómo traes las patas”. Yo no me había visto los pies la noche anterior; pero ahora, con la luz del día se veían manchas de sangre coagulada que asomaban fuera de ambos zapatos, rotos en varias partes. Lo primero que pensé fue que una infección podía llegar a ser la causa de que tuviera que suspender el plan y llamar al abogado David Hall. Pensé que era mejor no quitarme los zapatos hasta que tuviera posibilidades de curarme. Me paré con gran esfuerzo, pero no tanto como el que hice para caminar. Era evidente que yo no podría seguir caminando por el momento, así que no quedaba más remedio que empezar a pedir aventón desde el punto de la carretera donde nos encontrábamos.

No nos tardamos en conseguir que un coche se para; al volante iba un joven con tipo de mexicano y lo primero que nos preguntó al subirnos fue: “¿son mojados, verdad?”. Juan y yo contestamos al mismo tiempo, sólo que él dijo no y yo dije sí. El que iba manejando nada más se sonrió y dijo que se había parado

porque pensó que éramos mojados por lo “traqueteados” que nos veíamos. Nos llevó hasta poco antes de entrar a Edinburg y se despidió de nosotros deseándonos que nos fuera bien. Nos fuimos a esconder detrás de un árbol, cerca de la carretera; ahí le dije a Juan que se siguiera solo porque yo tenía que entrar al pueblo a buscar algo para curarme los pies; me propuso entonces que nos viéramos ahí mismo “en la tardecita”; me dijo que él mientras tanto iría a ver si encontraba trabajo por ese día y que regresaría después de que le pagaran; agregé que creía que ya no me iba a volver a ver, porque no tenía la menor duda de que me aprehenderían en el pueblo; no obstante, me prometió que regresaría a ese punto y, si yo no estaba, seguiría su camino. Mientras estábamos hablando pasó un autobús de color verde claro del Servicio de Inmigración; iba lleno de gente, seguramente mojados, y con rumbo a MacAllen, probablemente al centro de detención de ahí o de Puerto Isabel. Al poco rato pasaron dos carros patrullas, uno detrás de otro; no nos vieron porque estábamos cubiertos por el árbol y el matorral. Esto hizo que me diera cuenta que Juan tenía razón en suponer que me aprehenderían, pero en ese momento yo ya casi lo deseaba con tal de no tener que caminar. Al irse Juan yo decidí hacer un esfuerzo extra para evitar ser aprehendido: hablaría todo el tiempo en inglés para despistar a quien sospechara que yo fuera mojado. Di principio a mi plan al tomar un autobús que iba rumbo a Edinburg; le pregunté al chofer si pasaba cerca de un hotel barato y si me podría indicar dónde bajarme para hallarlo. La gente se me quedaba mirando, pues mi estado era desastroso. Cerca del centro me bajé casi enfrente de una farmacia, donde pedí, también en inglés: agua oxigenada, mercurio cromo, una caja de cien curitas, gasa y algodón. Ahí mismo pregunté dónde podía encontrar un hotel barato y me dieron las señas de uno que estaba cruzando la plaza principal. Llegué a duras penas al hotel. La entrada estaba en un pequeño restaurante en el cual había unas quince personas, con apariencia de obreros, que tomaban alimentos; noté al entrar que se me quedaban viendo, pero me dirigí a la caja, adonde vi un libro de registro abierto. La caja estaba atendida por una señora que hablaba con notable acento alemán; tendría unos cincuenta años de edad y parecía ser la dueña del establecimiento. Me dirigí a ella en inglés y le pregunté si tenía cuarto; me contestó secamente que sí, pero sólo si tenía yo para pagar por adelantado; eran dos dólares por el cuarto y uno de depósito por la llave. Me registré como Agustín Fer-

nández; luego ella se me quedó mirando y me preguntó qué me había pasado; le contesté que era operador de una draga y que había estado trabajando toda la noche desazolvando un canal. Yo hablaba fuerte, con el objeto de que me oyeran los que estaban cerca; procuré hacerlo siempre con el inglés más correcto de mi repertorio. Le comenté que su acento me parecía como alemán, y ella asintió; luego le pregunté si ella había estado en Francia y me contestó que sí; le dije que ahí era donde yo quería ir y volví a preguntarle si hablaba francés; al decirme que sí le hice varias preguntas en francés que ella contestó, pero esta vez con menos frialdad. Mi intención era desviar la sospecha de que yo era mojado y así disminuir las posibilidades de que alguien me denunciara a la patrulla fronteriza. Subí a mi cuarto, que estaba en un segundo piso, y tardé más de media hora en desinfectarme las heridas y curarme.

Probablemente dormí más de tres horas, que no me quitaron del todo el cansancio pero sí el ardor de los pies y lo adolorido.

Me puse de inmediato a escribir mis notas de todo lo ocurrido, con el propósito de enviarlas ese día por correo a mi esposa, en México, con copia a mi oficina en South Bend. A guisa de precaución siempre escribí mis notas en forma de carta y las firmaba como Agustín Fernández. La idea era que en caso de ser aprehendido, aun con ellas, no fueran reveladoras de lo que estaba haciendo, ni pudieran ser usadas en mi contra.

Eran ya como las cinco de la tarde, así que tomé mis cosas y salí a buscar a Juan al punto de nuestra cita. Lo esperé hasta las siete, hora en que acabé por convencerme de que ya no regresaría. Me pareció claramente comprensible que él prefiriera no andar conmigo, así que me regresé con rumbo al hotel, pensando en que lo más conveniente sería dejarme aprehender, dado que estaba claro que no podía seguir solo. Con esta idea me dirigí a la estación del autobús, lugar donde yo sabía que era muy probable encontrar a un agente del Servicio de Inmigración. Abrí la puerta de la terminal y lo primero que vi fue a un muchacho mostrando unos documentos a un tipo que los revisaba contra la luz. Evidentemente era un agente de Inmigración haciendo su trabajo. Volteó cuando abrí la puerta y me vio por unos segundos. No obstante que yo había decidido dejarme aprehender, en ese momento reaccioné como cualquier persona que trata de evitar ser descubierta, es decir, con naturalidad. Me acerqué un poco hacia el agente como curioseando sobre lo que estaba haciendo, y luego me seguí de frente. El agente volvió

a mirarme cuando salía llevando del brazo al muchacho, que probablemente le mostró un documento falso. Sentí un gran alivio. Esta sensación me condujo a meditar sobre el porqué de mi reacción; lo inesperado de la situación pudo haber sido un factor que me hiciera reaccionar tan defensivamente como lo había estado haciendo desde el cruce del río. Mis razones para tener miedo a que me aprehendieran eran diferentes, aunque no menos válida que las que pudiera tener Juan u otro mojado; en el fondo temía a las consecuencias que pudiera tener mi aprehensión en relación con mis estudios, a los cuales estaba ligada desde luego la necesidad de mantener mi calidad migratoria en los Estados Unidos. Estos temores los sentía cristalizados en la aprehensión. También consideré que detrás de mi reacción en la terminal, estaba posiblemente mi angustia por verme privado de mi libertad dada la falta de información cierta sobre qué pasaría exactamente después de mi aprehensión. Después de revisar las alternativas que conocía a este respecto llegué a la conclusión de que no estaba asustado sin bases. Al terminar mis reflexiones estaba más confuso y empecé a dudar respecto de la decisión que debería tomar ahora que no podía recurrir a la experiencia de alguien como Juan. Tuve deseos en ese momento de abandonar todo el plan y empezaba ya a construir racionalizaciones para ello. Pensé que las experiencias que había obtenido hasta ese momento constituían la parte menos conocida de todos los aspectos del plan, así como que el resto lo podría averiguar con una selección más rigurosa de informantes. Decidí finalmente regresar al hotel y no tomar ninguna decisión sino hasta la mañana siguiente. Hacia allá me encaminaba cuando oí un "psst psst"; volteé hacia el lugar donde provenía el llamado y ahí estaba Juan con cara de asustado entre los matorrales de un terreno baldío. Me dio mucho gusto verlo y le dije: "¿quihubo Juan, ¿qué hacer ahí?" Él se llevó un dedo a los labios indicándome que fuera más discreto y con otro gesto me pidió que me acercara. Las matas casi nos cubrían, pues Juan hizo que me sentara en el suelo para quedar cubierto antes de empezar a hablar. Me explicó que se le había hecho tarde porque había tenido una alegata con el capataz del lugar donde había conseguido trabajo. El problema consistía en que el capataz se negaba a pagar el trabajo que Juan había hecho durante el día. Juan había preguntado al aceptar el trabajo si le podrían pagar al final de la jornada y el capataz había dicho que sí; cuando Juan quiso cobrar le dijo que le pagaría hasta el fin de la semana. Juan le reclamó,

pero el capataz le contestó que si seguía discutiendo le iba a “echar a la migra para que se le quitara lo hablador”. Tuvo Juan que desistir de su propósito y salir de prisa del campo donde había trabajado, convencido de que el capataz cumpliría su amenaza. Cambió luego de tema para decir: “deveras que tienes una suerte de poca madre, no sé cómo no te han agarrado. . . hace rato vi a uno de la migra con un chavo agarrado del brazo. ¿Cómo le has hecho para escaparte?” Yo le contesté que me había pasado casi todo el día en un hotel y que ahora venía de buscarlo; Juan propuso entonces que saliéramos de Edinburg lo más pronto posible porque estaríamos en poco tiempo corriendo el riesgo de que nos detuviera la policía local, de cuyos agentes Juan aseguraba: “son peores que los de la migra”. Él quería que saliéramos del pueblo a buscar un lugar seguro donde dormir y al día siguiente saliéramos hacia Falfurrias. Con muchos trabajos lo convencí de que fuéramos mejor al hotel donde yo había estado; le dije que había hecho plática con la dueña (no le dije que en inglés) y que le había hecho creer que era de Weslaco y que era operador de una draga; le hice notar que si la dueña hubiera pensado en reportarme con los de la migra podía haberlo hecho ya, pues me había estado todo el día en mi cuarto; le dije que me adelantaría a hablar con la dueña para conseguirle un cuarto y que yo se lo pagaría.

Juan estaba totalmente cambiado; había desaparecido toda la apariencia de seguridad y profesionalismo que se le veía en el campo y ahora caminaba visiblemente asustado.

Se quedó en la puerta del restaurante mientras yo le conseguía el cuarto; él no podía oírme, así que le hablé nuevamente en inglés a la dueña. Tuve que meter a Juan casi a jalones; reaccionaba con tan poca naturalidad que llamaba la atención; por fin, subimos y lo dejé en su cuarto, que estaba en el mismo pasillo que el mío; quedamos en que nos levantaríamos temprano para desayunar y salir a la carretera. Me disponía a acostarme cuando oí que tocaban la puerta de mi cuarto. Mi primer pensamiento fue que los temores de Juan se habían hecho realidad y que venían a aprehendernos, pero resultó ser Juan que venía a pedirme si no le conseguía algo de comer porque tenía mucha hambre. Ahora el que parecía dependiente era él; parecía como si el cambio del campo a la ciudad hubiera acabado con su confianza en sí mismo.

Al día siguiente dejamos el hotel y fuimos a comprar provisiones para dos días de camino. Cada quien

llevaba igual cantidad de latas de jugos y comida. Juan se veía más tranquilo que el día anterior y empezaba a tomar de nuevo el mando de la empresa. El plan era pedir aventón y bajarnos poco antes de El Encino, donde él suponía que estaba el puesto de chequeo de la patrulla fronteriza que, como antes mencioné, es movable. Haríamos un rodeo por el lado este de la carretera hasta encontrarla nuevamente en un punto ya cerca de Falfurrias; dormiríamos en las afueras de ese pueblo y al día siguiente pediríamos aventón a San Antonio.

Caminamos rumbo a la salida de Edinburg. Juan empezó a pedir aventón con una confianza inusitada, probablemente relacionada con nuestro apetito satisfecho. A los 20 minutos de caminata desde el hotel, ya habíamos conseguido que nos “levantara” una persona de apariencia mexicana que manejaba una camioneta último modelo. Nos preguntó a dónde íbamos y le dijimos que a un rancho que estaba antes de El Encino. Nos preguntó después si éramos mojados y esta vez los dos nos quedamos callados; el de la camioneta se sonrió por la ausencia de respuesta y nos dijo: “no se apuren, muchachos. . . si no quieren no me contesten”. A continuación nos preguntó si sabíamos que el puesto de chequeo de la patrulla fronteriza se había movido más al norte de El Encino, como a cinco millas de Falfurrias; yo contesté que no, y entonces nos dijo: “si lo que quieren es evitar a los de la migra, deben bajarse hasta después de El Encino, porque así como quieren van a caminar de más”. Juan contestó: “no. . . yo creo que nos bajamos antes de El Encino, si nos hace usted el favor”. El otro dijo: “bueno, allá ustedes”.

Nos bajamos en el punto que Juan había señalado y que quedaba como a tres millas de El Encino; nos saltamos una cerca de alambre, del lado este de la carretera y nos internamos en el monte con el objeto de hacer el rodeo planeado. Eran como las 11 de la mañana cuando empezamos a caminar; hacía un calor tal vez de 32°C y el sol avanzaba ante la muy esporádica presencia de alguna pequeña nube. En esta región el terreno es semiárido, pero en donde nos bajamos se veía menos seco; también es casi plano con árboles de unos 5 metros de alto, no muy frondosos; hay grandes claros con pastos y otras plantas de menos de un metro.

Después de media hora de caminar llegamos a un bosquecito en donde se oían diversas clases de cantos de pájaros; para Juan esto fue buena señal ya que indicaba que todo estaba tranquilo y que nadie había pasado por ahí recientemente. Las primeras dos horas transcurrieron sin ningún incidente que narrar, salvo

que Juan escogía las regiones más arboladas por ofrecer éstas más fresco y por ocultarnos mejor.

Pregunté a Juan si ahí se metía la migra y él me dijo que no porque eran ranchos particulares, pero que había que cuidarse de los vigilantes del rancho, pues si nos sorprendían nos podían acusar de cuatrerros, o por estar sin permiso dentro del rancho y podríamos ir a la cárcel. Esto era obvio, pero al recordarlo Juan terminó con el encanto que estaba teniendo el bosque para mí. De inmediato dejé de disfrutar de los colores, aromas y armonías con los que la naturaleza comunica su belleza. Regresé a mi papel de fuera-de-la-ley con sus angustias que limitaban la atención de mis sentidos a mi propia supervivencia.

Juan caminaba delante de mí cuando íbamos subiendo una pequeña colina. De pronto, se detuvo bruscamente cuando él ya estaba en la parte más alta y yo aún iba subiendo, lo que me impedía ver por qué se había detenido. Me acerqué y me detuvo con el brazo, me señaló hacia unas piedras que estaban como a 7 metros de nosotros; un sonido que ya había oído en alguna cacería me hizo hacer una asociación que me dejó paralizado aún antes de haber visto de dónde provenía tal sonido. Fue cuestión de fracciones de segundo antes de que viera lo que parecía una enorme víbora de cascabel que resultaron ser dos víboras juntas. El comentario de Juan fue: “¿ves por qué no nos podemos arriesgar a caminar por aquí de noche?” Retrocedimos para rodear el punto donde estaban las víboras con la recomendación de Juan que me fijara muy bien por dónde pisaba. Hasta este momento nada me había producido más miedo que la presencia de las víboras que ya había oído anunciar desde aquella noche en que aprehendieron a José. Juan sugirió que descansáramos, pero yo no quería dar la espalda a nada y le dije que mejor nos acercáramos más a la carretera, en donde podríamos pedir ayuda en caso de que nos picara una víbora. Juan accedió y empezamos a caminar hacia la carretera. Yo sabía que llevábamos esa dirección sólo porque Juan lo decía pues no tenía la menor idea de dónde estábamos ni de para dónde quedaba el norte. Llegamos a un pequeño bosque de árboles muy frondosos donde no había mucho pasto y lo descubierto del suelo permitía una mejor vigilancia y la prevención del encuentro repentino con un bicho. Una vez hechas estas consideraciones convinimos en que ahí haríamos un descanso.

Juan empezó a platicar que en marzo él había hecho una caminata por esos mismos lugares, pero de noche; durante el día se dormían escondidos. “Venía caminan-

do con otros dos —continuó Juan— y nos la echamos de Reynosa a Falfurrias en cinco días” y agregó: “por ahí por marzo las víboras no son un peligro porque andan como ciegas. . ., en cambio ahora andan en celo y muy enojadas”. Luego agregó como hablando consigo mismo: “yo creo que los muertitos que nos encontramos fueron todos de picada de víbora. . . o a lo mejor de sed también”. Este tema de los “muertitos” era totalmente nuevo, y Juan hacía referencia a él como algo sin importancia. Yo le pedí que me explicara cómo había estado eso de los muertos y me contó entonces que los habían encontrado más adelante de donde estábamos; que iban él y otros dos caminando cuando vieron el cadáver de un “chavo” que estaba ya casi en los huesos, por lo que pensaron que tal vez tendría varios meses de muerto. No tenía zapatos, lo que indicaba, según Juan, que alguien lo había encontrado antes y se los había quitado, pues por ahí nadie puede andar descalzo. Yo le pedí más detalles del hallazgo, pero él sólo me decía: “pos nomás era un muerto como cualquier otro”. Siguió contándome que a tres kilómetros aproximadamente encontraron otro “más fresco” pero también ya casi en los huesos. Me dijo que el cadáver estaba boca arriba y que de la bolsa de la camisa le sobresalía parte de una carta, misma que tomó Juan; el nombre del remitente se había borrado totalmente y gran parte de la carta también, pero todavía se podían ver algunas palabras. Juan me dijo que se había llevado la carta para leerla después con más calma y ver si decía algo de algún pariente “a quien decirle de su muerto”; pero después esa carta se la quitaron los de la migra cuando lo agarraron.

Esta referencia de Juan a los muertos que se había encontrado me impresionó profundamente; sin embargo, él lo contaba como algo que fuera normal y sin inmutarse: para él sólo eran “dos chavos que no la habían hecho”, en cambio para mí eran dos seres humanos que habían sido asesinados por un sistema social que los había llevado a encontrar la muerte, quién sabe en qué grado de agonía, sólo por buscar unos dólares que los sacara de la miseria. Estuve a punto de llorar de rabia, una rabia que la actitud fatalista de Juan estimulaba; para él era sólo un accidente “que le puede pasar a cualquiera que ande en esto”. Me contaba lo de los muertos como un soldado puede hablar de la muerte de otro soldado en el campo de batalla. Hablaba tranquilo, a veces con ciertos gestos de una mezcla de tristeza y resignación, gestos que casi se reducían a movimientos negativos de cabeza mirando al suelo

mientras se golpeaba con una vara los zapatos raídos. Yo estaba hecho un nudo de emociones confundidas; la referencia de Juan a los muchachos muertos había sido tan ingenua y casual que me dio a pensar que si no hubiera sido por nuestro encuentro con las víboras, no lo habría mencionado nunca. Para mí era la referencia a un hecho lleno de violencia, de dolor, que me impresionó profundamente y que marcará mis futuras referencias al drama del espalda mojada. Había sido la presencia de la muerte lo que me dio la medida de toda la crueldad que hay en un sistema social que provoca la existencia del drama de los mojados.

Me quedé pensando en que era lógico que, caminar por un terreno plagado de víboras, implicara que alguien cayera en ese juego mortal. Esto significaba la necesidad de una revisión de mi propio juego; el riesgo parecía ya demasiado real aunque para Juan el riesgo era relativo, ya que, según él, caminar de día permite evitar un encuentro con las víboras. No obstante, le dije que en cuanto se empezara a meter el sol yo me regresaría a la carretera. Juan estuvo de acuerdo y seguimos la marcha, esta vez más despacio, pues ya se me habían abierto nuevamente las heridas de los pies. Aún traía yo curitas, gasa y mercurio-cromo conmigo, así que me curé dos veces durante la caminata.

Habíamos caminado unas seis horas cuando decidimos acercarnos más a la carretera. Oímos el ruido de un motor hacia el lado opuesto al que caminábamos; esto nos desconcertó, pues de pronto creímos que era un camión en la carretera y que andábamos perdidos o caminando en dirección equivocada. Decidimos que ese ruido no podía provenir de la carretera si lo habíamos oído a nuestro lado derecho, pues habíamos caminado teniéndola a nuestro lado izquierdo y no la habíamos cruzado; sin embargo, caminamos hacia el ruido que habíamos oído, para asegurarnos de nuestra posición, pues aún quedaba la posibilidad de que hubiéramos caminado en círculo. Nos acercábamos a una pequeña colina para ver desde un lugar más alto, cuando vimos acercarse a un yip que se detuvo como a 15 metros de donde estábamos nosotros; se bajaron tres tipos gritando y disparando sus rifles; eran norteamericanos con apariencia de vaqueros. Nuestra reacción fue tirarnos al suelo de bruces, mientras ellos seguían gritando y disparando desaforadamente. Era obvio, después de los primeros disparos, que no estaban tirando a matar, pues la distancia a la que lo hacían no les hubiera dejado errar; sin embargo, las balas pegaban tan cerca de nosotros que yo llegué a sentir la tierra que saltaba sobre

mí como consecuencia de los impactos. Dejaron de disparar y empezaron a reírse a carcajadas y a insultarnos en inglés refiriéndose a nosotros como *greasers*, *damn mexicans*, *son of a bitch*, etcétera. Luego empezaron a burlarse de que estuviéramos asustados, riéndose de sus propios comentarios. Uno de ellos dijo en mal español que si no sabíamos lo que significaba *no trespassing* y repetía que a ellos no les hubiera pasado nada si nos hubieran matado dentro del rancho. Otro dijo que ya estaban cansados de ver *wets* que tomaban el rancho como paso, que les dijéramos a todos los "mojados" que si seguían cruzando por ahí, ya no tirarían sólo para asustar. Al mismo tiempo que nos insultaban nos amarraron las manos a la espalda, nos subieron al yip y nos llevaron a la carretera, que ya estaba como a dos millas de donde nos encontraron. Seguían burlándose de nosotros y riéndose de lo que ellos consideraban una broma muy divertida. Mientras íbamos en el yip uno de ellos llamó por radio pidiendo que avisaran a los oficiales de inmigración que habían encontrado dos mojados y que los llevaban a entregar al puesto de chequeo. Preguntaba por la localización exacta del puesto de la patrulla fronteriza, misma que le fue indicada. Seguimos por la carretera hasta encontrarnos con una camioneta grande del Border Patrol estacionada junto a la carretera y junto a un coche patrulla. Antes de llegar, los guardias del rancho nos desamarraron las manos; les dijeron a los agentes de inmigración que nos habían descubierto adentro del rancho y que ellos trabajaban ahí de guardias porque en la última semana, dijo uno: "estos *damn mexicans* nos han matado dos vacas". Los agentes de inmigración no parecían muy entusiasmados con el reporte de los guardias del rancho y dijeron que ellos se harían cargo de nosotros. Nos subieron a la camioneta y nos preguntaron qué había pasado. Yo les conté parte de lo sucedido y uno de ellos comentó que eso nos sacábamos por meternos en propiedades privadas.

Los dos agentes eran norteamericanos y entre ellos comentaron en voz baja y en inglés que no había cacería que les divirtiera tanto a esos vaqueros como la cacería de mojados. Se preguntaron si debían reportar el incidente, pero decidieron que no tenía caso; después se dirigieron a nosotros y nos hablaron con calma y tratando de tranquilizarnos, nos dijeron que no tuviéramos miedo porque no nos pasaría nada malo; luego nos pidieron, primero a mí, que sacáramos todo lo que traíamos en las bolsas. Me preguntaron que dónde había conseguido los mapas que traía conmigo y yo le contesté

que en una gasolinera en MacAllen, lo cual era cierto. Después me hicieron las siguientes preguntas: ¿Cómo te llamas?, ¿cuándo naciste y en dónde?, ¿cuántas veces has trabajado en los Estados Unidos?, ¿cuántas veces te han pescado los oficiales de inmigración? ¿por dónde cruzaste la frontera?, ¿cuándo y a qué horas?, ¿a dónde te dirigías?, ¿en qué pensabas trabajar?, ¿con quién te vas a encontrar en San Antonio?, ¿con quién cruzaste?, ¿domicilio en México? Las mismas preguntas le hicieron a Juan y las respuestas las reportaron por radio; les contestaron que yo no tenía antecedentes y que Juan sí. Los agentes pidieron por radio que les mandaran un transporte para ver si alcanzaba al grupo que enviarían a México ese día y les contestaron que ya era muy tarde para ello y que me llevaran a la cárcel de Falfurrias. Dijeron que a Juan lo enviarían a MacAllen de donde lo transportarían en avión a El Paso.

Mientras estuvimos en la camioneta, que es el puesto de chequeo del tráfico de la carretera 281, me di cuenta que no revisaron ningún coche que pasó durante el tiempo que duró nuestro interrogatorio; a todos les hacían la seña de seguir adelante desde dentro de la camioneta; ésta estaba equipada con aire acondicionado y comentaron los agentes que afuera estaba a 102° (fahrenheit). Nos trataron con consideración, nos ofrecieron agua y se dirigían a nosotros sin altanerías y en un regular español. Durante media hora estuve observando cómo revisaban a los carros: a unos no y a otros sí; sólo detuvieron a unos cinco carros en total requiriendo la identificación de los ocupantes. Aparentemente la antigüedad del vehículo y la forma de vestir y apariencia de los pasajeros era el criterio que usaban para detenerlos. Los coches detenidos eran más bien de modelos viejos y los pasajeros vestían con ropa de obreros, todos con tipo de mexicano. Un coche se pasó a toda velocidad y los agentes se concretaron a decir unas cuantas maldiciones, pero no hicieron nada más. Como a los 40 minutos llegó otra patrulla y me pidieron que fuera con ellos. Sólo me volví para ver a Juan con un gesto de despedida; él apenas se movió; su apariencia era triste. Ahí terminó mi jornada con un compañero con el cual había compartido tantos sobresaltos que en mí dejaron una huella que será imborrable y que para él habrán sido sólo gajes del oficio.

Aquí empezó la parte más triste de mi experiencia como mojado. Me llevaron a la cárcel de Falfurrias, Texas. Yo temí que me fueran a tomar huellas o fotos, pero no fue así. Simplemente me metieron a una celda en una sección de la cárcel donde había un compuesto

de celdas vacías, posiblemente destinadas a los detenidos por el Border Patrol. Eran ya como las 7 de la noche cuando me dejaron solo en mi celda de unos dos metros de ancho por tres de largo, con dos camas, una encima de la otra; un excusado y una llave de agua era todo lo que había. Ahí fue en donde me sentí realmente deprimido y pensando en llamar al abogado David Hall, para dar fin a todo eso, pero decidí que mientras no trataran de tomarme huellas o identificarme, no se hacía necesario que le llamara y mejor me aguantaría. Me sentí muy solo y me puse a reflexionar sobre todo lo que estaba haciendo y su significado. Me prometí sacarle provecho a lo triste de mis experiencias realizando algo que por lo menos hiciera del conocimiento público la vida de tantos mojados que (como yo en ese momento) tienen que pasar por la humillación de estar en la cárcel, entre otras razones, por ser pobres. Me prometí también tratar de ser objetivo en la observación de todo lo que me estaba pasando para darle valor a mi experiencia y que ésta consistiera en una información justa del fenómeno en el cual estaba participando.

Llegó la noche y yo no podía dormir pensando en lo ridículo de mi doble personalidad en ese momento; por una parte, como miembro del mundo de la academia, tan lejos a veces de la realidad y tan lleno de incentivos para alcanzar posiciones que muchas veces sólo tienen relevancia en tanto que satisfacen la vanidad personal, pero que en muchos casos son y transcurren estériles ante los problemas sociales. Por otra parte, yo, en el rol de un mojado privado de la libertad, rodeado de rejas, a oscuras y con todo el aparato que la sociedad ha creado para sus *outsiders*, encima de mí. Me daba risa pensar que en un mes más iría yo a participar en un congreso mundial, rodeado del mundo de la inteligencia en la culta Europa; mientras tanto, me encontraba rodeado de símbolos y realidades cuyo significado social me colocaba en el lado de los malos, cuando sólo estaba realmente en el lado donde están los pobres.

Una celda es deprimente, pero la soledad, la ausencia de gente, de voces, de referencias a uno como ser social, hace la cárcel desesperante. Así pasé gran parte de la noche. No sé a qué hora me quedé dormido, pero me despertó el brusco sonar de las rejas que se abrían. Trajeron a dos mojados que colocaron en una celda a dos de distancia de la mía. Eran como las 6 de la mañana, a juzgar por la intensidad de la luz del día. Solamente por hablar, les pregunté dónde los habían aprehendido y me contestaron secamente que entrando a Falfurrias; les hice otras dos preguntas

que no me contestaron. Se reanudó el silencio, aunque ahora cuando menos ya me sentía acompañado.

Como a las 8 o 9 de la mañana oí pasos y luego el ruido de la puerta de hierro que daba acceso al área donde estaban nuestras celdas. Era un carcelero, gordo, sin dientes y de más de 55 años; caminaba despacio y andaba en camiseta sin mangas. Nos trajo café y un pan. Le pregunté si sabía a qué horas vendrían por nosotros y me contestó que ya no tardarían en llegar. Al probar el café me produjo náuseas; olía mal y sabía peor: era éste el primer alimento desde las 3 de la tarde del día anterior, pero no pude tomarlo.

Empezó a transcurrir la mañana sin que los otros hubieran dicho una sola palabra. Yo tenía deseos de hablar, pero no quería repetir la frustración de antes en mi vano intento de comunicarme con ellos a su llegada. Como a las doce oímos ruidos y voces que se acercaban, nos asomamos a la reja con cierta desesperación por saber si ya venían por nosotros; luego oímos dos nombres, ninguno era el mío. Los dos muchachos respondieron al llamado y les dijeron que salieran. Yo sólo acerté a preguntar vacilante: “¿y yo no?”; el agente contestó: “¿quieres que te llevemos a la Corte a ti también?” Por el tono en que me lo dijo parecía indicar que a mí me estaba reservada una mejor suerte que a ellos, pero el caso fue que me quedé solo nuevamente.

Las siguientes horas fueron aún más deprimentes, pues a medida que se hacía tarde, veía desvanecerse la posibilidad de que me sacaran de ahí. De vez en cuando oía voces que venían desde la calle y me quedaba repasando mentalmente las palabras que alcanzaba a escuchar, como queriendo que no se me escaparan, pues interrumpían momentáneamente mi soledad. Se hizo de noche y ya no se oía más que el ruido de coches y camiones que pasaban de vez en cuando, mientras mi depresión aumentaba.

A la mañana siguiente nuevamente vino el carcelero viejo con el café mal oliente y un pan; le pregunté si podía darme algo más de comer, pues no había comido desde la tarde en que había llegado, a lo que me contestó que ahí no daban comida porque los que traen a encerrar a esas celdas se están muy poco tiempo y agregó que seguramente yo saldría un poco más tarde. Sus palabras me alentaron y a las dos o tres horas resultaron ciertas, pues volví a oír ruidos de gente que subía la escalera y luego que gritaron mi nombre, es decir, Agustín Fernández, que es parte de mi nombre. Me dijo un agente de inmigración que me alistara para salir y yo

le contesté que ya estaba listo; mis cosas me las habían recogido desde que me aprehendieron, así que no traía nada conmigo. Me llevaron hasta una camioneta del Border Patrol y yo le pregunté al agente por mis cosas; me contestó que ya las llevaba adelante. Nuevamente me llamó la atención el trato que estaba recibiendo de los agentes de inmigración; este que vino por mí era mexicano, o de ascendencia mexicana, y puedo decir que hasta fue amable conmigo.

Nos encaminamos hacia el sur y el oficial me preguntó si tenía hambre. Le dije que sí, que no había comido desde el martes. Él movió la cabeza como desaprobando y me preguntó si traía yo dinero; le di un dólar y se bajó a comprarme 2 sándwiches y un refresco y me los trajo a la camioneta; le pregunté la hora y me dijo que eran las 11.30 de la mañana.

Después de comer y ya nuevamente en camino, de pronto sentí una gran alegría de haber salido de la cárcel donde estuve de las 6.00 p. m. del martes a las 11 de la mañana del jueves. El agente habló poco pero siempre en tono amable; yo tampoco quise hablar para no delatar nada que pudiera ser sospechoso por mi forma de hablar, aunque se me ocurrían muchas preguntas que hacerle, sobre todo, hasta qué grado era frecuente que se supiera de mojados muertos en el campo en su travesía por esa región hacia el norte.

Viajamos como 70 millas hacia Río Grande donde recogimos a otros cuatro mojados que habían sido aprehendidos en la madrugada de ese día casi al cruzar el río. Su aspecto era deplorable, quizá el mío también, pero ellos tenían un aspecto que denotaba miseria de tiempo atrás; no traían dinero y sí mucha sed; yo les “disparé” unos refrescos que volvió a traernos el agente hasta la camioneta. Dos de ellos eran padre e hijo; este último cruzaba por primera vez y tenía 21 años; el padre había sido bracero y desde entonces no venía a los Estados Unidos; los otros dos eran repetidores y comentaron que había sido un error meterse a una cantina para tomar agua, pues fue ahí donde alguien los había reportado a la patrulla fronteriza, que los aprehendió al salir de la cantina. También comentaron que la próxima vez ya no entrarían por Río Grande porque ahí había muchos “reportadores”.

De Río Grande nos llevaron a MacAllen al centro de detención. Ahí nos metieron en un cuarto como de tres por cuatro metros en donde ya había otros diez mojados. Este cuarto estaba en una sala de procesamiento a donde llegaban otros mojados aprehendidos. Ahí vi al agente con el que me había encontrado en la

terminal de autobuses de Edinburg; él también me vio y se acordó de mi cara. Pidió mi documentación, me llamó y me dijo acusándome que yo traía tarjeta local,¹⁰ que dónde la había dejado. Le contesté que yo nunca le había enseñado ninguna tarjeta local y seguramente se lo había imaginado porque me había visto en la terminal, pero que nunca me había preguntado por mis papeles. No se quedó muy convencido y le pidió a otro agente que checara una vez más mis antecedentes. Éste fue un momento angustioso, pues el cargo de haber pasado con tarjeta local me hacía candidato a juicio de deportación con todo lo que esto significaba para mi *status* migratorio en los Estados Unidos. Por fortuna no pasó nada.

De ahí nos sacaron a todos y nos llevaron en un autobús al centro de detención que se encuentra cerca de Puerto Isabel, Texas. Eran como las 6 p. m. y ya todos teníamos bastante hambre. El autobús se detuvo a recoger otros mojados en Weslaco y Roma, con los que llegamos a ser 30, aproximadamente. Llegamos al centro de detención como las 9.30 p. m. y lo primero que hicieron los agentes fue pasarnos al comedor donde nos sirvieron un caldo detestable, pan y agua.

Fue una sensación curiosa entrar al "corralón" (así le dicen los mojados a los centros de detención). A diferencia de ocasiones anteriores, esta vez lo hacía en un autobús de la patrulla fronteriza con las ventanas enrejadas y al frente una tela de alambre reforzada que aislaba al chofer de los pasajeros e impedía la salida, que sólo se podía hacer por una puerta cerrada con candado. En ocasiones anteriores había entrado recibiendo todas las atenciones de un visitante autorizado por Washington. Me preocupaba que alguien me reconociera, particularmente el jefe del Centro de Detención, con quien había sostenido charlas prolongadas en mi rol de investigador cinco meses antes por la segunda vez. Salimos del comedor apresurados por un oficial que fue el único cuyo trato se asemejaba al de un carcelero. Daba órdenes con altanería y empujaba a los que estaban a su paso. Fue notable la diferencia entre éste y otros oficiales de inmigración, aun dentro del corralón. Nos pasaron a una sala donde fuimos llamados por nuestro apellido. Ahí se hizo la separación

¹⁰ Tarjeta local le llaman a la forma I-186 con la que el gobierno de los Estados Unidos autoriza la entrada de turistas por no más de 72 horas y no más allá de 25 millas de la frontera y que prohíbe al portador aceptar trabajo en los E.U.

de los V.R. (*voluntary repatriation*) y los deportables; a éstos les tomaron huellas y les dieron uniformes, ya que se irían a quedar varios días esperando ser llamados a juicio. A nosotros sólo nos volvieron a revisar todo lo que traíamos de pies a cabeza. Nos quitaron el dinero y nos dieron un recibo por él; sólo nos dejaban algunas monedas que no llegaran a un dólar. (El depósito forzoso tiene por objeto evitar robos u otros abusos relacionados con la posesión de dinero dentro del corralón) Enseguida nos recogieron todo lo que traíamos, sobre lo cual también nos extendieron un recibo. Nos dijeron que estaríamos ahí por poco tiempo y que seríamos requeridos en su oportunidad para pagar nuestro pasaje a San Luis Potosí que sería de 4 dólares o 50 pesos; agregaron que los que no trajeran dinero se tendrían que esperar hasta que hubiera suficientes para llenar un autobús, después de que salieran los que tuvieran boleto comprado. Mientras estábamos comiendo llegó otro autobús más grande, repleto de mojados, con los que llegamos a ser unos 100 los que ingresamos esa noche. De éstos 100, 25 fueron separados como deportables y el resto clasificados como V. R.

De la sala a donde nos regresaron después de cenar nos pasaron a las regaderas, lo que fue recibido con numerosas expresiones de agrado. Como no traía con qué curarme los pies tuve que asearme las heridas con agua y jabón lo cual me dejó muy adolorido, al grado que un detenido comentó: "y ora tú, ¿por qué saliste caminando como pollo espinado?"

Luego pasamos a los dormitorios que están en dos salones en donde hay unas 400 camas; allí el calor era sofocante y se sentía un olor que provocaba dudas acerca de la eficacia del baño que habíamos tomado menos de una hora antes.

Nos levantaron antes de amanecer y nos formaron para pasar lista, después nos dijeron que podríamos ir a las regaderas o quedarnos en el patio central. A medida que uno recorre con la vista el corralón, desde el centro del patio se ven los dormitorios y enseguida las oficinas donde está el jefe del Campo (donde yo había estado en ocasiones anteriores), luego una alambrada cubierta por fuera con arbustos que impiden la vista más allá y que termina donde empieza el comedor, luego siguen los baños y luego una enorme puerta de fierro cubierta con alambre que separa el patio central del área donde son recibidos y procesados los que llegan al campo. Más allá de la alambrada que continúa la división que hace la puerta, se ven los salones de procesamiento y la puerta por donde habíamos entrado en

autobús la noche anterior; luego continúan las alambradas que dividen en doble fila el campo del exterior. Todas las alambradas se ven coronadas por alambres de púas que van en dos líneas de espiral de medio metro de diámetro. Hay una torre de vigilancia al centro de las alambradas que dan al exterior y que corren separadas por un callejón de dos metros de ancho. El patio central es de asfalto; en él se ve una cancha de volibol y un conjunto de mesas cubiertas por un techo de plástico donde se amontonan los detenidos para protegerse del sol. Habíamos unos 400 detenidos, la minoría vestía uniformes blancos que indicaba quiénes eran los que estarían o habían estado por más tiempo en el campo de detención esperando juicio. El resto, entre los que me encontraba yo, andábamos con nuestras ropas comunes.

Algo que llamó particularmente mi atención fue el grupo que todos (incluyendo los agentes) denominan de los "extranjeros". Estaba constituido por los que habían entrado ilegalmente a los Estados Unidos y que no eran mexicanos. Aunque obviamente todos los detenidos son extranjeros para los Estados Unidos, a este grupo los agentes le otorgan especiales consideraciones, como ser llamados a tomar alimentos antes que los demás y recibir comida de mejor calidad que el resto de detenidos. Según me explicó uno de ellos, esto es así como resultado de una huelga de hambre que habían hecho recientemente como protesta por la mala calidad de la comida. Los extranjeros eran quince, diez de ellos de nacionalidad chilena, tres centroamericanos, un libanés y un español. El tiempo que ellos permanecen detenidos es considerablemente mayor (algunos llevaban 6 meses) que el resto de detenidos, porque su deportación requiere la aceptación del gobierno del cual digan ser ciudadanos.

Los dos almuerzos que tomé durante mi estancia en el corralón consistieron en un plato de avena, frijoles y un vaso de agua endulzada con un sabor que no pude identificar. Uno de los chilenos que trabajaba en la cocina me aconsejó en secreto que no tomara el agua, porque le ponían una droga para inhibir la erección del pene como medida de prevención de prácticas de homosexualismo dentro del centro de detención. Este chileno me dijo que, en tanto que yo iría a salir al día siguiente, no tenía caso que la tomara.

La comida consistía en un caldo de muy mala calidad, un plato de frijoles, pan y el agua coloreada que yo dejé de tomar después de la advertencia del chileno.

La cena era también un caldo igual que el de la comida, pan y la misma clase de agua.

Fuera del tiempo dedicado para las comidas, la mayor parte de los detenidos permanecen en el corralón sin hacer nada; algunos de los deportables salen a trabajar fuera del campo voluntariamente. Durante el día permanecíamos apiñados debajo de la zona techada protegiéndonos del sol. En una de las mesas que se encontraban allí había un tablero de ajedrez con piezas improvisadas de jabón que había sido hecho por los chilenos. Se sorprendieron éstos de que yo quisiera jugar, y más cuando les gané a tres de ellos. Esto provocó cierta conmoción, pues las partidas eran vistas por gran número de detenidos y pronto se corrió la voz de que un paisano les estaba ganando a los chilenos; éstos llamaron a otro compatriota que se había mantenido alejado del tablero, pero que era considerado como el mejor jugador. La insistencia de ellos para que jugáramos tenía un marcado acento nacionalista que catalizó igual sentimiento por parte de los mexicanos. Éstos me animaban a ganarle al nuevo contrincante y fue divertido cómo me presionaban para que no me tardara tanto en contestar la jugada; aparentemente interpretaban mi tardanza como señal de debilidad. Aun sin entender el juego muchos de ellos, había no menos de 30 viéndonos jugar, amontonados a nuestro alrededor. La primera partida terminó con gritos de júbilo por parte de mis paisanos cuando se enteraron que yo había ganado; la segunda partida la perdí, y convinimos en no jugar una tercera para dejar el encuentro en un empate. Me quedé luego platicando con mi contrincante quien resultó poseedor de una sorprendente preparación y con bastante experiencia en viajes por todo el mundo; evadía los temas relacionados con él en lo personal pero se explayaba con propiedad en temas variados de arte y filosofía. Sus moderadas ideas izquierdistas fueron particularmente interesantes y no menos intrigantes para mí. A él también pareció intrigarle la diferencia de mi educación con la del resto de detenidos, con los cuales él había platicado durante tres meses de estancia en el corralón. Él fue quien me habló de la huelga de hambre que había resultado en castigos para los huelguistas y en un cambio de calidad en la comida para el grupo de extranjeros. Me dijo que no se habían podido organizar los mexicanos porque entran y salen del corralón en menos de tres días y no alcanzan a resentir suficientemente la calidad de la comida, sobre todo porque con mucha frecuencia es lo mejor que han comido en varios días previamente a su llegada al campo, según le habían

contado a él. Hubo un momento que me dijo: "es evidente que tanto tú como yo estamos ocultando mucho de nosotros mismos, pero supongo que ambos tenemos razones para ello; si es verdad que todos los caminos llevan a Roma, algún día nos volveremos a encontrar, sólo espero que no sea en éstas mismas circunstancias". Obviamente yo no quise extenderme sobre este tema y seguimos hablando de otras cosas.

Otro de los propósitos dentro de mi plan era el de obtener más información dentro del Centro de Detención aprovechando mi rol de mojado, por lo que busqué la oportunidad de interrogar a mis compañeros detenidos, sobre diferentes aspectos. Esto se facilitó enormemente, pues el Centro de Detención, como era de esperarse, resultó ser un lugar de intenso intercambio de información y donde el mojado participa en un importante proceso de socialización. El tema de casi todas las conversaciones está centrado en las experiencias de cada quien como mojado. Los más inexpertos preguntan con avidez a los veteranos sobre cómo incrementar las posibilidades de éxito en la empresa de obtener el mejor trabajo en los Estados Unidos. No eran pocos los que con aparente sinceridad aseguraban enfáticamente que no volverían a los Estados Unidos. En más de una ocasión oí decir: "prefiero morir de hambre en México que volver a este país".

Quedé convencido de que una futura investigación sacaría mucho provecho concretándose exclusivamente en hacer observación participante dentro del centro de detención y, siguiendo la tónica de interacción que ahí se desarrolla, interrogar sobre toda clase de detalles acerca de la vida del mojado. En tanto que el investigador sea tomado por un mojado más por todos los detenidos, podría asumir el rol de deportable y permanecer hasta dos semanas obteniendo información, dado que no sería extraño que un deportable permaneciera ese tiempo esperando juicio. Es considerado como normal que un detenido le haga preguntas a otro sobre sus experiencias personales dentro del centro de detención; esto disminuye considerablemente, en mi opinión, la necesidad de participar personalmente en todo el proceso de convertirse en mojado, suponiendo, desde luego, que al iniciar la observación, el investigador tenga información detallada sobre tal proceso. Creo que el presente reporte podrá ayudar en la preparación de este último aspecto.

Según un método muy semejante al llamado de

inducción analítica,¹¹ concentré mi interrogatorio sobre aspectos en los que mi información anterior era escasa o dudosa, de los cuales lo más relevante lo resumo en los siguientes puntos:

1. Encontré 6 mojados que dijeron haber encontrado cadáveres en su camino. Particularmente impresionante fue el relato de dos de ellos que fueron sorprendidos por la patrulla fronteriza cuando terminaban de dar "cristiana sepultura" a un individuo de tipo mexicano, que aparentemente tenía pocos días de muerto. Hablé con otro mojado que me platicó que les debía la vida a tres que lo encontraron cuando ya había perdido el sentido por no haber comido en varios días de camino; éstos no sólo le dieron comida, sino que lo cargaron casi por dos días, hasta que pudo caminar nuevamente. Otros tres me hablaron de haber encontrado un cadáver cuya seña y localización coincidía con el segundo cadáver de que me hablara Juan. Otro me dijo que cuando menos en dos ocasiones había visto esqueletos humanos en el desierto, al norte de El Paso, Texas. Otros me hablaron de distintas experiencias con las víboras, algunas fueron chuscas, otras ciertamente dramáticas; un grupo hablaba de haber contado 20 víboras que vieron en dos días. La mayoría coincidió en que el mes de agosto, en el que estábamos, era cuando había más víboras y en que esto constituía el riesgo más serio que se corría al cruzar los campos durante esta época. Dos mojados que fueron aprehendidos junto con un "coyote", que los pasó en automóvil, me dijeron que habían juntado dinero para venirse con "un coyote de carro" porque "ni locos" se volverían a tratar de cruzar a pie durante el verano. "Hay tanta víbora —dijeron— que es mucho tentar a Dios venirse a pata."

2. No obstante la mecanización de la agricultura, aún hay mucho algodón que es pizcado a mano en el valle, pero esto sólo les conviene a los que tienen ya práctica en la pizca. Un mojado que había estado trabajando en el algodón sin tener experiencia, me dijo: "si no le sabes a la pizcadera, mejor no te metas, porque no sacas ni para comer".

¹¹ Para una explicación exhaustiva de este método, véanse Florian Znaniecki. *The Method of Sociology*, New York, Farrar and Rinehart, 1934; W.S. Robinson. "The Logical Structure of Analytic Induction", *American Sociological Review*, 16, diciembre, 1951, pp. 812-818; Alfred R. Lindesmith. *Opiate Addiction*, Bloomington, Principia Press, 1947; particularmente, Ralph H. Turner. "The Quest for Universals in Sociological Research", *American Sociological Review*, 24, junio, 1953, pp. 605-611, y Becker. *Op. cit.*

3. De los cien que llegamos la misma noche, aproximadamente la mitad había encontrado trabajo en los Estados Unidos. De los que dijeron no haber conseguido trabajo, unos treinta a los que les pregunté me dijeron que habían traído dinero de México y lo habían gastado casi en su totalidad en su mantenimiento o transporte dentro de los Estados Unidos. Esto provoca la pregunta de hasta qué grado el mojado que es deportado a México, sin haber conseguido trabajo en los Estados Unidos, constituye una fuga de divisas para México. Esta pregunta adquiere especial relevancia si pensamos en las 201 636 aprehensiones que sólo en el año pasado fueron realizadas por el servicio de inmigración norteamericano y que, de 500 entrevistados por mí el año pasado, casi el 60% dijeron haber sido aprehendidos antes de haber conseguido trabajo en los Estados Unidos. La pregunta consecuente a la anterior sería hasta qué grado esa fuga de divisas se compensa con los envíos de dinero que hacen los mojados que han encontrado trabajo. La investigación para contestar estas preguntas es urgente y su respuesta necesaria para el establecimiento de políticas a seguir por el gobierno mexicano. Puede decirse que hay bases suficientes para suponer que los envíos de dinero de los mojados no compensan la pérdida económica que significa para México la fuga de divisas aludida; principalmente si se considera el gasto que implica para el mojado pagar los precios actuales que cobran los "coyotes" por sus servicios, y se pondera el cálculo de la cantidad de envíos de dinero con la productividad real y potencial que se pierde para México con la emigración.¹² Sería inhumano y desde luego muy parcial, plantear el problema de los mojados en términos de cuánto gana o pierde México económicamente con su emigración, sin considerar los efectos sociales de dicha emigración a los cuales se ha aludido en este reporte.

4. Casi la totalidad de aquellos a quienes pregunté, dijeron que habían escogido la frontera de Tamaulipas con los Estados Unidos por ser la de acceso más barato desde el centro de México.

5. Una gran mayoría de los cien mojados que llegaron conmigo la misma noche, eran de San Luis Potosí. No sé hasta qué grado esto fue una coincidencia o habría alguna razón particular que lo explicara. En todo caso este hallazgo motivó que me quedara 8 días en el

noreste de San Luis Potosí viviendo en las comunidades rurales, después de que fui deportado.

6. De mis conversaciones con los detenidos deduje el siguiente patrón de conducta: Si el mojado es aprehendido por primera vez, casi siempre regresa a los Estados Unidos; si lo aprehenden por segunda vez, regresa también casi siempre, pero por una región fronteriza distinta a la primera; si lo aprehenden por tercera vez, es muy probable que sea sometido a juicio y le sea decretada una sentencia a pasar un tiempo en prisión, misma que le será suspendida con la condición de no reincidir. Esta vez el mojado no se arriesgará a regresar hasta que se cumpla el tiempo al que fue condenado a pasar en prisión (recordar que la sentencia le fue suspendida en su efecto de hacer cumplir la condena), pues sabe que una aprehensión dentro de ese tiempo, significaría recibir una nueva sentencia por mayor tiempo que la anterior que le haría cumplir la condena en una prisión federal (generalmente en la prisión de La Tuna, Texas). Pasado el tiempo decretado por la sentencia, se da nuevamente la posibilidad de que el mojado se decida a reincidir; sin embargo, esta posibilidad se disminuye considerablemente al tener que calcular el riesgo de recibir una nueva sentencia en caso de ser aprehendido, sin que esta vez se la suspendan.

Todo esto parece indicar que hay un límite en las veces que el mojado se arriesga a cruzar la frontera, y tal límite está relacionado con el número de deportaciones que tenga en su haber; o dicho en otros términos, la alternativa que tiene un trabajador mexicano de buscar empleo en los Estados Unidos sin documentación migratoria para el caso, va desapareciendo a medida que aumenta el número de veces que ha sido deportado, y concomitantemente va aumentando la seriedad del problema económico al que se enfrenta ese mexicano en su lugar de origen y que lo hizo en un momento dado buscar la alternativa de entrar a los Estados Unidos ilegalmente.

7. De la información que pude recoger, parece desprenderse el siguiente principio: a mayor cantidad de dinero disponible para llegar al punto de los Estados Unidos, donde un mojado se ha propuesto, corresponderán mayores posibilidades de no ser aprehendido. Por ejemplo: el que tiene dinero para pagar un "coyote" que lo pase en coche a través de los puestos de chequeo, contará con la menor vigilancia a la que son sometidos algunos vehículos en comparación con vehículos de carga o de transporte público, sobre todo si se escoge pasar después de uno de éstos, en cuya

¹² Para mayores referencias empíricas en confirmación de esta observación véase Samora. *Op. cit.*, pp. 89-106.

inspección se entretiene un tiempo considerable, cuando menos uno de los agentes. Si el pre-mojado tiene dinero para esperarse en una ciudad fronteriza mexicana por unos 20 días, puede llegar a conocer el procedimiento y cómo conseguir los documentos necesarios para obtener una tarjeta local que aunque *no* le permitirá trabajar en los Estados Unidos, le permitirá entrar legalmente. Si tiene \$5 000.00, puede llegar a conseguir en el “mercado negro” una “tarjeta verde” con la cual podrá trabajar legalmente en los Estados Unidos. Si tiene dinero puede viajar por avión a donde desee, desde México a los Estados Unidos, previa la obtención de pasaporte y visa de turista, que al igual que con la tarjeta local no le estará permitido trabajar, pero conseguirá ser admitido en los Estados Unidos.

8. Hablé con 8 detenidos, quienes se quejaron de que sus patrones no les habían pagado sus salarios y ellos mismos los habían denunciado a la patrulla fronteriza para evitar el pago. Confirmé que el jefe del Centro de Detención se encargaba personalmente de este tipo de problemas. Al tercer día del que habíamos llegado me dijeron tres de ellos que el jefe del centro había citado a los patrones y éstos se habían presentado a pagar los salarios adeudados. A los otros les tomaron fotos para su identificación por los patrones y les ofrecieron hacer todo lo posible por recuperar su dinero, en cuyo caso se los enviarían a México a sus domicilios. Es generalizada la opinión de que los agentes de este corralón ayudan considerablemente a los mojados en situaciones de esta naturaleza.

Mi trato con los mojados me hizo participar en eventos y circunstancias en las que el ingenio, la solidaridad humana y el sentido de fidelidad hacia el amigo, se manifestaban en grados conmovedores, pero tuve también la oportunidad de encontrar manifestaciones de sensibilidad en otros órdenes de la vida del mojado, como aquellos relacionados con su familia, de la cual se encuentra alejado. Ilustraré lo que quiero decir, con el relato de la siguiente experiencia que tuve antes de salir del corralón:

Había notado que uno de los del grupo de mojados con el cual llegué, me había estado siguiendo desde hacía buen rato. Estaba siempre cerca de donde yo estaba, ya fuera mientras conversaba o cuando iba al comedor. Lo volví a ver nuevamente acostado en una cama contigua a la mía. Su constante presencia me tenía ya intranquilo, tanto que traté sin éxito de conversar con él para averiguar el porqué de su insis-

tencia; la incógnita se despejó hasta la segunda noche en que lo vi otra vez en la cama de junto. Se dirigió a mí para decirme que había notado que yo poseía una educación mayor al resto del grupo y que quería que yo le ayudara a escribir una carta muy importante. Le dije que lo haría con mucho gusto, pero que no tenía ni papel ni lápiz. Él sacó enseguida dos hojas de papel dobladas y un lápiz. Hablábamos quedo en las camas de arriba que nos habían tocado en un extremo del dormitorio donde había un foco cerca de nosotros. Se le veía apesadumbrado y por el tono de sus palabras me daba la impresión de estar frente a alguien que ha tomado una decisión muy importante. Me dijo que la carta era para su esposa y que quería que yo le dijera, con mis palabras, lo que él estaba sintiendo por ella. Dijo que le había gustado cómo hablaba yo con el “judío” (se refería al chileno, que era rubio y de ojos claros), porque mis palabras eran muy claras y él quería que yo le escribiera a su esposa con la misma claridad con la que yo había estado hablando con otras gentes; agregó que a él “no le salían las palabras para decir lo que sentía”.

Era un hombre como de 40 años, moreno, delgado, que vestía con mucha pobreza y que vivía en el ejido de Santa Teresa, en el noreste de San Luis Potosí; su voz era grave y su forma de expresarse no podía ser más sencilla, aunque aparentemente se le dificultaba hallar las palabras con que quería expresarse. Le pedí que me contara de su vida y de su mujer, pues eso me ayudaría a interpretar mejor lo que quería decir a su mujer, y lo que me dijo fue más o menos lo siguiente:

“Sabe usted, yo quiero mucho a mi vieja porque ella ha sido siempre de muy buena ley; ella era de mejor clase que yo; allá en el pueblo, antes de casarnos, andaban tras de ella hombres con más educación que la mía y de buena posición, pero ella me prefirió a mí porque yo le demostré ser de ley y derecho. Míre usted, yo sé que ella se merecía un hombre que le hubiera dado mejor vida que yo, siempre hemos sido muy pobres y la he hecho pasar hambres. Yo, verdá buena que no le sako al trabajo, sea lo que sea y por el tiempo que sea, pero... entre más le busco, menos le encuentro. Nos casamos hace diez años; yo vendí una mula que tenía, para darle un casorio en la iglesia, como ella se merecía; cuando menos ese gusto le di. Siempre que nos va mal y que me ve desesperado, ella me recuerda que yo le di casorio en la iglesia y me dice que ése fue el día más feliz de su

vida. (En este momento se le empezó a quebrar la voz como queriendo llorar.) Luego vinieron los chamacos; se nos han logrado dos y tres son angelitos. Son un niño y una niña. . . La niña es la mayor y es viva como su madre. Mi vieja se empezó a enfermar hace como dos años; yo creo que de tanto lavar ajeno se le enfermó un pulmón. Yo por más que le hacía no hallaba trabajo y sólo llegaba a ganar cuatro o cinco pesos diarios en la lechuguilla, con los que no alcanzaba ni para comer, conti menos pa' las medicinas. En Matehuala, el doctor le recetó a mi vieja unas medicinas que había que darle luego luego; yo andaba desesperado buscando el dinero para comprarlas, pero sólo conseguía trabajitos y no juntaba nada. Con perdón de usted, me puse a pedir limosna en la carretera a los coches que pasaban y ni así me alcanzaba. Total, que fui a la farmacia y saqué la medicina con un enganche de 8 pesos, la medicina costaba 47.00 y me dijo el boticario que en abonos me iba a salir más cara, y le dije que estaba bueno y me la llevé. Aunque ya habían pasado 10 días desde que dijo el doctor que se la diera, se compuso pronto con esa medicina, hasta le volvió el color. Pero luego que se acabó la medicina y se puso a trabajar, porque no alcanzaba con lo que yo llevaba, se puso mala otra vez. Yo sentía harta tristeza porque la veía que se estaba descomponiendo otra vez; sentía que yo era el culpable de su mal, porque si ella se hubiera casado con otro no estaría así. Le ofrecí a la Virgen de San Juan de los Lagos hacerle una manda hincado y con pencas si se aliviaba mi vieja, pero ella iba de mal en peor. . . Pa' acabarla de fregar se me enfermó un chamaco, el tercero; se empezó a poner flaco y más flaco, hasta le salieron ojeras negras en sus ojitos. Una tía lo estaba curando con hierbas, pero no dio resultado. Mi vieja y yo veíamos que se moría el chamaco y ella me dijo que lo llevara a San Luis para meterlo a un hospital. Me salí con el niño de volada, pero diosito quiso llevárselo antes de que saliera la flecha para San Luis. Me regresé con él ya muertito y lo enterramos al día siguiente. Todo eso hacía que yo me endrogara cada vez más con los vecinos y los parientes, hasta que un compadre me aconsejó que me viniera a los Estados Unidos con él a buscar trabajo. Yo ya lo había pensado, pero mi vieja no me dejaba, decía que ella se iba a morir si yo me iba y pos, como estaba de mala, ni modo de venirme. Pos total, que me vine con mi compadre que me prestó pa' dejarle pa' medicinas a mi vieja."

"Llegamos a Reynosa y nos cruzamos el río con otro amigo. Mi compadre ya conocía por acá y nos llevó con un patrón muy bueno que él conocía de antes. Nos fuimos a pie hasta un rancho que está cerca de Elsa. Llegamos muertos de hambre, pero el patrón nos recibió con comida, gente buena, si viera. . . Al día siguiente empezamos a trabajar, a 70 centavos la hora; de esto nos quitaban \$1.50 diario por cuarto y comida. Yo no gastaba nada, iba juntando todo lo que recibía, lo malo era que a veces no trabajaba el día completo, sino unas 4 ó 5 horas, y entonces lo que juntaba era muy poco, pues se me iba la mitad en lo que me quitaban por comer y dormir. Total que junté 115 dólares como en mes y medio. Ya me andaba de las ansias por regresarme y ya venía de camino cuando me agarró la migra; les dije que yo ya iba de salida, pero yo creo que no me creyeron porque aquí ando. Lo que yo quiero es que usted me escriba algo que consuele a mi vieja y que le diga que llevo dinero pa' curarla. . . y que. . . pos que no se me muera." (Al decir lo último sus ojos se llenaron de lágrimas y a mí me sucedió otro tanto). Luego me dijo que ella sí sabía leer bien y que entendería todo lo que yo le dijera.

Yo le hice la carta en la que le expliqué lo mejor que pude el profundo amor que su esposo le tenía y el gran valor que había en ello, particularmente viendo ese amor de un hombre bueno como él. Le dije en la carta que tratara de ser fuerte y que se agarrara de la vida con todas sus fuerzas porque iría a vivir una vida mejor con el amor de su esposo y la determinación de éste por hacer feliz a su familia.

Al escribir la carta una profunda emoción hizo que no pudiera contener las lágrimas. Él lo notó y me dijo: "No llore hombre, que al fin que usted ni me conoce ni conoce a mi vieja". Estas palabras pretendían ser de consuelo, pero su sencillez y como fueron dichas, estimulaban más lo que yo estaba sintiendo. Luego agregó: "Qué van a decir si lo ven llorar. . . , van a decir que yo le hice algo." Terminé la carta y le dije que lo más seguro era que él llegaría antes que la carta si la pusiera por correo, que mejor él se la entregara personalmente, pues saldríamos al día siguiente.

Me pasé parte de la noche relacionando los sentimientos de ese hombre y sus experiencias con las mías propias: mi familia, el futuro de Jorgito mi hijo y nuestro derecho a la comodidad, en tanto habían casos como el de este mojado. Pensé también la injusticia social que reflejan estos casos, en los que gentes

como él no sólo se ven afectadas por una injusta repartición de la riqueza, sino por lo que pudiera llamarse una injusta repartición de los símbolos del lenguaje. Esto pudiera enunciarse en términos muy generales diciendo que los ricos poseen no sólo más riqueza sino mayores posibilidades de comunicarse con sus semejantes que los pobres. A través de un mayor acceso a la educación, los ricos llegan a poseer más símbolos de lenguaje que los pobres. Para mí el caso de este mojado constituye una ilustración de cómo un sistema social no sólo priva a una clase de lo indispensable para vivir, sino aun de lo que se requiere para comunicar los sentimientos; aquellos símbolos de lenguaje que un sistema educacional no distribuye equitativamente y que al no hacerlo priva a una clase social de las posibilidades de manifestarse como humano a través de la expresión verbal o escrita de sus propios sentimientos.

Al día siguiente, después del almuerzo nos llamaron para comprar nuestro boleto a San Luis Potosí, adonde nos llevaría un autobús especial de la línea Estrella Blanca. Poco más tarde nos hicieron poner la huella del dedo índice derecho en una tarjeta que decía *Departure*, que me hizo desear que fuera sólo de control interno. Salimos del corralón como a las 6 p. m. después de que nos hubieron regresado el dinero y nos dijeron que recibiríamos nuestras cosas al llegar a San Luis Potosí. Nos llevaron en un autobús del servicio de inmigración hasta Matamoros. Pasando el puente internacional nos trasladaron a un autobús de la línea Estrella Blanca y nos advirtieron que no haría ninguna parada ni podría bajar nadie sino hasta llegar a San Luis Potosí. Un tipo que ostentaba visiblemente una pistola acompañó todo el viaje al chofer. En efecto, el autobús no paró hasta llegar a la Central Camionera de San Luis Potosí. Eran como las tres de la mañana cuando llegamos y cada quien se fue a buscar el autobús que lo llevaría a su lugar de origen. Se me acercó otra vez el compañero a quien escribí la carta y sólo me dijo en tono de despedida: "que Dios se lo pague".

Durante el viaje de Matamoros a San Luis, me senté junto a un muchacho de Guadalupe, San Luis Potosí; me dijo que había estado oyéndome platicar con el chileno y que le gustaba la forma en que yo platicaba. Noté yo a mi vez que su forma de expresarse acusaba una educación más allá del promedio en un mojado y decidí revelarle los propósitos y motivaciones que me habían llevado a hacerme mojado y

que era yo en realidad profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México. Aparentemente se impresionó con mi explicación y exclamó: "qué suave se siente que por fin los de arriba se preocupen por los de abajo". Le dije que yo no era de los de arriba sino sólo de los de abajo con educación formal. Este muchacho me dijo que tenía un hermano mayor que era profesor rural y le dije que me interesaría mucho conocerlo y con tal propósito iría a Guadalupe. Hicimos una cita para el día siguiente en la plaza de Guadalupe, pues le dije que tendría que hacer algunas cosas en San Luis al llegar y me quedaría por el resto del día.

Lo primero que hice llegando a San Luis fue peinarme por primera vez en cinco días; luego compré una navaja para rasurarme, lo hice ahí mismo en la terminal y me fui a buscar un hotel. Era la primera noche tranquila que pasaba en 12 días desde que había salido de Matamoros para cruzar el río con Juan y José. Ese día fui a entrevistarme con el subprocurador de Justicia del estado para ver qué opinaba de que un grupo de personas fueran transportadas de un lado a otro del país, en contra de su voluntad, sin haber cometido delito (sin siquiera haber sido acusadas de ello), sin que hubiera mediado un mandato judicial en que se hubiera cumplido la garantía de audiencia y por una empresa privada que ni siquiera era autoridad. El subprocurador no tenía siquiera conocimiento de que se estaban transportando exmojados a San Luis y empezó por decirme que yo estaba mal informado. Le tuve que revelar todo lo que estaba haciendo para convencerlo de que yo había sido uno de los transportados. Aun después de esto no pudo contestar cuál iría a ser la intervención del gobierno del Estado al respecto.

Fui también a otras oficinas y agencias de gobierno para obtener información acerca de la zona del Estado que iba a visitar.

Al día siguiente fui a Guadalupe a mi cita con Manuel y su hermano Melquiades. Ahí estaban en la plaza cuando yo llegué. Nos fuimos a platicar a un café y le expliqué mis propósitos y le pedí su opinión y ayuda. Me habló de la enorme pobreza de esta región del Estado, donde el ingreso promedio por familia llega a cantidades tan increíblemente bajas como \$4.00 pesos diarios. Me dijo que él creía que el 75% de la población de esa región se mantenía del dinero que reciben los parientes que tienen en Estados Unidos, Monterrey y México, quienes han tenido que alejarse

de sus familias para que éstas puedan subsistir. Que en varios pueblos la población ha bajado en vez de aumentar, a causa de la emigración.

Durante la plática se me ocurrió que si obtenía la ayuda de varios profesores, podría administrar una cédula de entrevista con los padres de familia de la escuela donde él trabaja en Guadalupe. Le pregunté si esto sería posible y me contestó que él estaría dispuesto a intentarlo, para lo que se podría aprovechar la asamblea de padres de familia que se efectuaría el lunes siguiente y entonces yo podría hablar con los padres de familia y con los profesores. Por casualidad nos encontramos con uno de los profesores y Melquiades le adelantó mi solicitud de ayuda, que él aceptó de buen grado. Seguimos hablando de pobreza y de política y coincidieron conmigo en que no hay lacra más grave en nuestro sistema económico, político y social que la corrupción. Hablamos luego de la necesidad de un cambio y del rol de los profesores en éste. Parece que establecí buen *raport* con los tres, pues cada vez se mostraban más interesados en ayudarme.

Mi problema a resolver fue entonces la cédula de entrevista, por lo que me despedí de ellos y quedé de verlos el lunes temprano. Me fui entonces a San Luis y me dediqué a trabajar en el diseño de la cédula. Cuando la tuve lista la mandé por autobús a México para que le sacaran 100 copias. Las copias las recibí al día siguiente.

El lunes me encontré con Melquiades y Manuel con quienes me dirigí a su escuela. Me presentaron al director y éste no se mostró muy entusiasmado con la idea. Su cargo le imponía ser más cauteloso con los trámites burocráticos y se detenía pensando en la necesidad de que yo tuviera autorización de sus superiores para lo que pensaba hacer. Acabé convencéndolo de que no mencionaría ni el nombre de la escuela ni el pueblo donde se encuentra, sólo la zona del estado; esto con el objeto de que nadie supiera lo que se había hecho sin autorización superior.

Hablé con los padres de familia, en su mayoría mujeres, y les pedí su cooperación explicándoles el objeto y motivación de mi investigación. Eran alrededor de 120 los presentes y decidí eliminar a los que no eran padres, es decir, a abuelos tutores, con lo que quedó un número de 100 entrevistados, igual al de las cédulas que tenía disponibles. El plan era que accedieran a ser entrevistados por los profesores y por mí en sus domicilios, en el curso de la semana. Esto fue posible

gracias a que las clases empezaban hasta el lunes siguiente y los profesores tenían más tiempo para ayudarme.

Durante una semana recorrí gran parte de los ejidos de la zona noreste de San Luis Potosí. No exagero al decir que esta región es un muestrario de pobreza en grados casi increíbles. Me sentí avergonzado de ignorar hasta dónde se puede ser pobre.

El propósito de las entrevistas era, primero, obtener información descriptiva de carácter censal que me sirviera para saber quiénes viven en esa región, cómo viven y por qué viven ahí; segundo, averiguar los efectos de la emigración de hombres en edad de ser económicamente activos, sobre la estabilidad de la familia y de la comunidad.

Los datos obtenidos en esas entrevistas se encuentran en proceso de análisis y serán objeto de otro reporte que cubrirá el estudio de las circunstancias en que una persona decide emigrar al norte y “pasársela de mojado”.

En tanto que el propósito de este trabajo ha sido reportar las experiencias obtenidas en el uso de un método de investigación aplicado al estudio de un tipo de conducta delictiva, y de presentar algunos aspectos existenciales de un fenómeno social, sólo cabe concluir refiriéndonos a estos propósitos. El método de observación participante nos abrió una nueva perspectiva de la estructura social donde actúa el espalda mojada, más allá de los límites de un análisis circunscrito a la violación de una ley como conducta. Más allá de la conducta delictiva que encierra la violación a las leyes de inmigración de los Estados Unidos, se aprecian elementos estructurales de un sistema social que permite la miseria y explotación de los que son estampados con la etiqueta de “espalda mojada”.¹³ Las posibilidades de entender el fenómeno social del espalda mojada a partir de métodos de investigación de tipo encuesta usados en otras partes de nuestra investigación, se vieron significativamente incrementadas con el uso complementario del método de observación participante, por ejemplo, los peligros de muerte que encierra la travesía a pie de la franja fronteriza entre la frontera y los puestos de chequeo de inmigración y la facilidad con que un patrón puede dejar de pagar el salario devengado por un mojado denunciando su pre-

¹³ Un desarrollo extenso sobre esta observación puede encontrarse en Bustamante. *Op. cit.*

sencia a las autoridades de inmigración. De muchos otros detalles importantes no tuvimos información hasta que mi observación participante se llevó a cabo; de algunos otros, encontramos su confirmación en el curso de las experiencias que aquí se reportan.¹⁴

El haber participado de la vida del espalda mojada reforzó mi convicción de que nuestra indiferencia por problemas sociales tales como la emigración y frustración masiva de mexicanos que devienen mojados, nos hace a cada uno responsables de su existencia.

¹⁴ Véase Samora. *Op. cit.*, particularmente el capítulo VII.